

Poesía por mandato

Antología personal

(1978-2012)

Juan Calzadilla



MONTE ÁVILA EDITORES LATINOAMERICANA



MONTE ÁVILA EDITORES
LATINOAMERICANA

A L T A Z O R



a

Poesía por mandato

**Antología personal
(1978-2012)**

Juan Calzadilla

República Bolivariana de Venezuela

Monte Ávila


Editores Latinoamericana CA

1ª edición, 2014

DISEÑO EDITORIAL

Henry M. González

IMAGEN DE PORTADA

Juan Calzadilla

CORRECCIÓN

Wilfredo Cabrera

© MONTE ÁVILA EDITORES LATINOAMERICANA, C.A., 2014

Apartado Postal 1040, Caracas, Venezuela

Teléfono: (0212) 4850444

www.monteavila.gob.ve

Hecho el Depósito de Ley

Depósito Legal N° If50020148001553

ISBN 978-980-01-1989-1

Juan Calzadilla: *un prontuario a la realidad*

Uno supondría que Juan Calzadilla desde niño ha sido, con prioridad y obstinación, un iconoclasta. Esa condición humana, sin duda natural, que ha marcado para siempre su andadura por el mundo y por la poesía, que también es, y de qué manera, un mundo.

De esas cabeceras iconoclastas y desde su puerto de salida a la vida en el Guárico profundo, en una Venezuela rural y bucólica, viene, podría decirse, todo su arsenal poético y ensayístico, toda la cantera de dudas que lo asaltan, como si desde siempre hubiera sabido que lo propio del poeta está en el territorio de las dudas y raras veces en el de las certezas.

Hace mucho que Juan le sigue un prontuario a la realidad. Que le lleva sus cuentas y le espeta sus miserias, entre las que se cuentan la belleza calcárea y hueca de los falsos poetas, los torreones de marfil y los buenos modales.

Lo imagino en un juicio imaginario seguido a las impostaciones estéticas, haciendo el papel para nada solemne de testigo fundamentado en la descreencia.

—Que pase el reo —dirá la crítica bizarra en el proceso, y estará alguien con un lirio en la mano, impostando la voz y soltando su lirismo.

El pastor de dudas que es nuestro poeta podrá dudar de la autenticidad de la flor, al comprobar que viniendo de la guerra no llegue envuelta en gasas. Pero si la audiencia espera un crudo veredicto, el poeta preferirá pedir que se deje

libre al acusado de amanerar la realidad. Todo por no querer convertir la duda en certeza, en tótem o tabú.

Calzadilla es dueño de un carácter libertario, de un talante contestatario que sin grandes alardes lo hacen singular. Su paso por El Techo de la Ballena, el grupo de creadores venezolanos que batalló contra la modorra intelectual y la dictadura militar¹ de su país en la década de los sesenta, su feroz independencia crítica, sus permanentes y agudas reflexiones sobre el hecho poético — véase su Libro de las poéticas — lo han convertido en una pieza de difícil acomodo en el mapa de la poesía latinoamericana.

Como crítico y teórico de las formas simbólicas, como avanzado en las artes plásticas, Calzadilla lleva a extremos de reflexión y de agudeza lo que en otros se queda en la mirada puramente historicista o sociológica. Y se burla. Se burla de las bisuterías estéticas, esas que enfila contra los Dalís de turno, falsificadores de sí mismos, en uno de sus certeros epigramas.

Hace más de tres décadas lo conozco. Y doy fe de que sigue siendo el mismo desde su tornadiza y aguda mirada: un hombre díscolo y fiel a sus demonios interiores, un generoso amigo, alguien que traduce sus voces interiores a un humor disolvente. Alguien que sabe, como el poeta cachorro, a dónde no va, «puesto que su meta es la inmensidad».

JUAN MANUEL ROCA

1N. del E.: El autor usa el término dictadura militar para referirse a la feroz represión instaurada durante el gobierno de Rómulo Betancourt contra los militantes de izquierda.

Nota del editor

Excepto los poemas señalados como inéditos, el resto han sido extraídos de las siguientes obras del autor:

Dictado por la jauría, Ediciones de El Techo de la Ballena, Caracas, 1962.

Las contradicciones sobrenaturales, Ediciones de El Techo de la Ballena, Caracas, 1967.

Manual de extraños, Fundarte, Caracas, 1975.

Oh smog, Equinoccio (USB), Caracas, 1978 / *El perro y la rana*, Caracas, 2010.

Tácticas de vigía, Ediciones Oxígeno, Caracas, 1982.

Una cáscara de cierto espesor, Fundarte, Caracas, 1985.

Diario de una poesía mínima, Mandorla, Caracas, 1986.

Agendario-Cuerpos escritos, Fondo Editorial Trópikos, Caracas, 1988.

Curso corriente, Fondo Editorial Trópikos, Caracas, 1992.

Minimales, Monte Ávila Editores, Caracas, 1993.

Principios de urbanidad, Monte Ávila Editores, Caracas, 1997.

Corpolario, Pequeña Venecia, Caracas, 1999.

Diario sin sujeto, Taller Editorial El Pez Soluble, Caracas, 1999.

Protofixiones, El mar arado, Caracas, 2004.

Aforemas, Monte Ávila Editores, Caracas, 2004.

Manual para inconformistas, Eloísa Cartonera, Buenos Aires, 2005.

A condição urbana, Letras Contemporâneas, Curitiba, Brasil, 2005.

Ecólogo de día feriado, Monte Ávila Editores, Caracas, 2007.

Libro de las poéticas, Monte Ávila Editores, 2009 / Fundarte, Caracas, 2010.

Fuga de formas, Biblioteca Ayacucho, Caracas, 2010.

Doble fondo II, Feria del Libro de Bogotá, Colombia, 2010

Retrato de un artista moderno, Fundarte, Caracas, 2013.

I
Lírica mínima

En poesía la invención de realidades termina siendo una construcción verbal. Lo hecho así es sólo en tanto que literatura que puede entenderse como realidad. No hay escapatoria.

¿Por qué tengo yo que ir más aprisa?

A través de la ventanilla del automóvil
observo los muros, las casas, las calles,
los árboles, los pastos, los cultivos, los baldíos,
que ante mí pasan raudos
a la misma velocidad que yo paso
pero en dirección contraria,
como si entre la naturaleza y yo se estableciera
una pugna para decidir
quién se despide y quién se queda.
¡Oh, de ningún modo pretendo ni quiero
permanecer fijo!
Mi movilidad es lo que hace que viva.
Es, así pues, mi carta de triunfo.
Pero ¿por qué tengo yo que ir más aprisa
y dar cuenta de los frutos de mi rápida incursión
en esta vida, de las ganancias y pérdidas
que en el trayecto hice?
En realidad yo a donde quiero ir
es hasta donde mi viaje termine.
No hasta donde ustedes quieren
que yo rápidamente vaya
haciéndome creer que con esto me ahorran
más dolores y penas
y que la partida y el final son igualmente fatales.

En realidad, como les digo, yo lo que quiero es que me dejen llegar a donde mi meta se acabe, tranquilo, sin que sienta pena por no haberme ocupado de hacer el balance de ganancias y pérdidas, subido a mí mismo, sí, y apenas tan rápido como me lo permiten mis cuatro extremidades.

Levedad de la memoria

Deberíamos atrevernos a narrar con lujo de detalles todo lo que nos pasa por la mente en una especie de diario donde nada real sucede. De este modo le ahorraríamos a la memoria tener que venir a auxiliarnos con un discurso torpe y lleno de ambigüedades después de que los hechos ya han pasado o no sucedieron.

No importa que nos equivoquemos o que, exagerando la nota, lo que testimoniemos resulte ser, como en el caso de los poetas, la obra de un gran embustero.

Después de todo no se escribe sino sobre lo que uno imagina. Así lo que imaginemos sea lo único que en nuestras perras vidas nos ha pasado.

Ítaca

Es más fácil llegar para el que está dentro
que para el que viene de afuera.

No es menester que avance lentamente
o a la carrera, que sepa la dirección o que la averigüe.

Ni que dé muestras de estar llegando, liviano o exhausto,
a campo traviesa, por avenidas, bosques o encrucijadas.

No importa el medio de transporte, lento o acelerado,
ni la velocidad a que hace el camino
ni el paso de las horas.

Bien enterado del sitio, no necesitará cruzar la calle
ni abrir la puerta para informar, como Ulises,
que ha llegado.

Y para que, adentro, en el hogar, estén junto a él
convocados, al calor del fuego, unos brazos,
unos labios, unas miradas.

Bastará con que esté en su casa
para saber en ese mismo momento
que sin necesidad de venir de afuera,

ya ha llegado,
ya ha llegado.

Diario por una estatua

La estatua de Balzac por Rodin
un poco inclinada hacia su costado izquierdo
como si buscara impulso para emprender la marcha.
No recostada exageradamente en el aire
o en ningún objeto o punto exterior a su eje,
sino más bien apoyada en sí misma.
¿No es un escándalo que así no se apoye
casi ninguno de nosotros?
¿Que para tomar aliento
tengamos que hacerlo desde un bastón?

Otros, en cambio, replegados hacia sus adentros,
contra la costura de sus trajes,
muestran que han sido no en balde seriamente cosidos
[a éstos.
Que es su costura lo que los impulsa a respetarse
y a tenerse por sabios y grandes.

Observa en cambio a aquel otro:
si no fuera por el televisor, no tendría cabeza
más que para revelar el sitio de donde le fue arrancada.
O sería como la estatua de sal
en que lo ha convertido el nudo de la información.
Lleno de miedo, está condenado a mirar

sólo hacia delante.
Quítenle su pasado, por dios,
y verán que no sabrá hacer otra cosa
que declararse un hombre de nuestro tiempo

(siempre que la pantalla pueda
dar la cara por él).

Donde trato de explicarme

Hasta cierto punto
las ocasiones de dar la cara por mí no negaré
que las he tenido. Pero mi versión de los hechos
—cuando de explicarlos se trataba—

era un tanto nebulosa y contradictoria
al punto que, en el mejor de los casos,
ni yo mismo le prestaba cuidado.
De momento diré que la inconsistencia

de mi argumentación estaba en su nivel
más bajo y era igual a cero.
Pues si algo yo hubiera podido decir de mí

dudo de que no hubiese sido más que palabras.
Digo en el caso de haber tenido fuerza para armarlas
y fe para esperar de ellas un milagro.

Los avisos del cielo no siempre se entienden de antemano

Los gritos lucen fuertes en el momento de lanzarse pero en sí mismos carecen de lógica específica para diferenciar entre aquello que nos sobrecoge de alegría y lo que nos paraliza de espanto.

Puedes sentir que te desgañitas de júbilo y al mismo tiempo dar pie a que la gente crea que sufres. Y en medio del alud, si alguien para pedir socorro, lleno de miedo, grita a todo pulmón, quienquiera, ay, viéndole agitar sus brazos puede llegar a pensar que eleva a Dios cánticos de bienaventuranza.

Lo mismo pasa cuando alzas el tono de la voz para avisarles que el muro de contención se ha roto en el momento preciso en que te das cuenta de que tu grito de alerta no pudo llegar a tiempo o que tú estabas demasiado lejos, al borde mismo del barranco para poder superar con tu grito el rugido y la velocidad del alud.

¿Y de qué sirve que en medio de la inundación el que pide auxilio acuse haber oído tu grito si solo volveremos a saber de él cuando

ya ahogado la corriente marina lo traiga de vuelta
sin haber recibido el perdón de Dios?

Y además, el tono
el timbre y la intensidad con que gritas
pocas veces ofrecen matices precisos
para saber distinguir, según la ocasión,
un estado de ánimo de otro
pues entre la dicha y el horror
el grito no establece distancias.

El poeta cachorro

Lo que experimentaba yo con más fuerza
cuando iba de paseo por el campo era
el sentimiento de irresponsabilidad.

Un hombre que lleva, metido en un saco,
a su gallo de pelea, sabe a dónde va. También
la mujer que protege a su bebé con un pañuelo
de colores, mientras intenta mantener
el equilibrio en medio del bamboleo del camión,
sabe a dónde va.

Los tipos agachados en un rincón de la plataforma,
guarecidos bajo el encerado para protegerse
del inclemente sol, dicen con sus gestos,
sin molestarse en confesarlo por el camino,
que saben a dónde van.

Y a todos les creeríamos.

Sólo el muchacho que mira irresponsablemente
hacia todos lados sin perder detalle del paisaje
sabe a dónde no va.
Puesto que su meta es la inmensidad.

Incluso frente a mi vida yo pasaba de largo

Yo tenía como ocupación habitual pasar de largo.
Dejaba atrás las ciudades, las multitudes,
las plazas, la campiña y la recta que conduce
al horizonte y su curvatura plana.
Lo cierto es que dejaba bien atrás al tiempo
como si ya no me perteneciera.
Y además, el presente, el porvenir, los buenos
y malos augurios, los muertos en sus parcelas,
las máscaras, los trajes, el exilio,
los huesos frotados por el timbre de las lluvias,
el temor, el éxito y las calamidades,
los claros entre la maleza y la muralla,
quién duda de que eran un recuerdo bien lejano.

Memoria, te nombraré de última,
ah viejo reloj estropeado.

Quién mejor que yo sabía que mi programa
era pasar de largo
y que si algo llevaba yo conmigo
era mi deseo de pasar de largo.

El habitante precavido

Últimamente el cielo ha comenzado
a darnos dolor de cabeza.
El smog arrastra colas de llamativas sirenas.
A fuerza de recibir brillo las miradas
toman la consistencia del esmalte.
Con mañas de tirabuzón el humo nos enjuga las frentes.
Trenza el balbuceo de nuestros métodos.

Yo sé que el cielo decididamente
ha cambiado de carácter.
El horizonte de la inundación se ha puesto de pie.
La nube gira en su vuelo como si se tratara de un cohete.
Pareciera leerse en sus piruetas un designio de muerte.
Es obvio. La cosa está ahora en los techos.
El crematorio arma su cielorraso
con el escape de nuestros coches.
Hay algo que no alcanza a despedirse de nosotros,
un aire envilecido que nos toma por sorpresa
puesto que de por sí
anida como serpiente en nuestras frentes.

El doble

Una voz oí a mis espaldas
alertándome que alguien
se quedó encerrado en la sala
luego de yo haber salido

y pasado dos veces la llave.
No puede ser una persona pues
¿quién otro habita mi casa
que no sea yo solo? A menos

que quien así habla sea mi doble.
Yo no estaba tan mareado
y llevaba mis gafas bien calzadas
a los orificios de mis ojos

para creer, después de viejo,
en un fantasma que así me hablara
ya en serio o para tomarme el pelo.
A menos que se trate de mi doble.

Pasadas las doce de la noche,
como en un susurro desde el fondo
de la sala oscura y sin que para
oírlo tuviera yo necesidad

de pegar los oídos contra el vidrio
de la ventana, oí de nuevo
aquella voz que suplicaba:

—No me dejes aquí adentro,
llévame contigo. Soy tu doble.

Malas noticias

De todas partes las noticias son malas.
Sucedee que llegan a montones,
y entre ráfaga y ráfaga
penetran con el viento por las puertas
los cuerpos, la radio, los cristales, las ventanas
sumando nuestras vidas al caos
de una gran consternación.

Nunca sabremos dónde alojar tantas malas noticias.
Jamás dispondremos del número
exacto de galpones.
Ciertamente, no hay manera de convencerlas
de que harían mejor papel
viviendo en un mundo aparte
en el cual siempre podrá convenirse
que el mal está condenado a tener la razón.

Lo malo es que ocupan demasiado espacio
y al crecer como rizomas
amenazan con arrebatarnos el nuestro.

En el corazón no caben.
En la mente tampoco.

Accidente

Miren como ayer domingo
esa bella muchacha que conducía a toda prisa
murió al estrellar su coche
de frente contra un obstáculo.
He vuelto a mirar su foto en el periódico
donde se reseña el hecho sin extraer
por ahora ninguna conclusión
en cuanto al parecido próximo o remoto
que la muchacha pudiera tener
con una foto tipo carnet. Aunque confieso
que este detalle no hace menos enojoso
y grave el asunto de morir tan joven
y en tan horrible trance.
Ni me ahorra el dolor o la tristeza
por lo que a mí, como lector, me toca.
Al fin y al cabo no somos
sino testigos de la muerte de otros.
Así no estemos cerca del accidente
y la foto diga poco o nada.

Alborada del náufrago

Yo no amaría a la madrugada
si el sol no estuviera próximo.
Pues no es la continuidad de la noche
lo que quiero, sino el deslumbramiento,
el resplandor de otro comienzo.
No amaría a la madrugada si fuera autónoma
y estuviera en sí misma completa.

Si no fuera la mitad en sombras
de lo que, a la salida del sol, nos vuelve dichosos.
Yo no amaría a la madrugada
si estuviera en manos
de mi desvelo prolongar por más tiempo
su agonía para evitar que sus doradas alas
no se apresuren a traernos,
pronto, ay, la luz del nuevo día.

(Epílogo)

Madrugador es el que, estando a punto de partir,
espera por la orden del astro rey.
Tan pronto el sol despunta, dice:
«Me he librado de la noche.
El día es otra cosa».
Y cae muerto.

Software

Puesto que este sujeto no es un original bastante fiel a sí mismo, sino por el contrario un boceto, su sitio continúa en el caballete. Y alegrémonos porque sea solo un boceto. Podría tratarse de un caso perdido. Más tarde, si se tiene paciencia, de él podría hacerse un original. Claro está que cuando dispongamos de las instrucciones precisas. Para eso tendrán que esperarse órdenes de arriba.

—Tranquilícense. No pierdan las esperanzas. Confíen en nuestro *software*.

El hombre tiene que lucirse

El hombre tiene que lucirse.
Por eso su primer discurso es brillante.
Probablemente también el segundo.

¿Pero que importancia tiene el último
si ya todo estará acabado? Para decir
su primer discurso el hombre se pone a tono.

Se baña, se afeita, pule sus zapatos.
Lleva su mejor traje, elige para su corbata
la mejor prenda.

¡Ah, cuán lucido resultara su discurso
si se tuviera a sí mismo por actor y oyente!
Sólo si se quedara repentinamente muerto,
la expectativa de lucirse no sería confirmada.

Las comunicaciones inexactas

El trato con los demás es como el ladrido del perro.
Hagas lo que hagas para entenderlo, te es ajeno.
El ladrar tiene, sin embargo, una ventaja:
va en una sola dirección: del perro a ti.
En cambio, el trato con los demás
exige una respuesta:

quiere que tú también ladres.

2

El perro que sin dar marcha atrás
intenta cruzar la avenida no está
menos confundido
respecto a la orientación de su vida
que tú. Él también tantea y, para expresar
la gratitud de su destino, gruñe.
Pero tú haces lo propio,
aunque pudiera entenderse lo contrario
a juzgar por el hecho de que el perro
encuentra una muerte súbita,
en tanto que tú, tú revelas
que hasta en esto eres un poco más lerdo.

El habla de los perros

Habla condensada la del perro.
Apenas gruñe y ya da por enteradas
todas sus intenciones.
No necesita de muchas palabras,
como el poema.
Su gesto inamistoso
resume todo lo que sus ladridos
podrían decirnos si procediera
rápidamente a mordernos.

Después de todo
el mordisco es la verificación objetiva
de su modo metafórico
de hablar entre dientes.

Este monstruo la ciudad

Este monstruo te tiene en el firmamento
de su boca.

Te modela, te reabsorbe,
como el papel secante. Ah, crece
a costa de excavar bajo el fino suelo
de tus párpados. Te vigila, alimenta
la opacidad triste de tus sueños.
Te viene con cuentos y ladra en ti tan pronto
descubre que tus argumentos
son los mismos del perro.

La cólera de los invisibles

Una palabra puede a veces apuntar
hacia donde está el látigo,
pero en general no es tan vehemente
como la rabia o como la improvisada
cólera de un momento.
O no hay entre ésta y la palabra
verdadera correspondencia
como la que hay entre el reflejo
y el puñetazo en el rostro.
A veces ni siquiera vale la pena admitir
las consecuencias de lo que estaría mejor
que confiáramos a la memoria o al silencio:
un encono, un resentimiento secretamente guardado
y dejado para esa ocasión
en que puedan sacarse a relucir
instrumentos más convincentes
como cuando es el grito y no la orden
comprensible y claramente dada
lo que empuja los vasos hacia el rincón de la mesa
e inexplicablemente para quien permanece al margen
alguien desenfundando un arma entra...

La inspiración guardada en frascos de palabras

Antiguamente, cuando para escribir cualquier cosa el sujeto necesitaba recorrer la habitación de lado a lado, la inspiración retomaba el paso junto a él como si el cuerpo del sujeto la materializara. Y la tarea de escribir se hacía fácil.

Ahora, sentado a la mesa, el escritor espera que llegue. Pero no se presenta. Ya la inspiración olvidada de él, remontó vuelo y ahora vive lejos de lo real, en el espacio exterior, inatrapable y ajena en brazos de un espíritu abstracto como la novia de los trece años.

—Me gustaría que lo que ignoro de la inspiración representara también para mí un saber adquirido —barrunta el sujeto en medio de su delirio, a modo de consuelo. Y dirigiendo sus pasos al gabinete encuentra que la inspiración está bien
[guardada
en todo lo que escribió. Como si el tiempo fuera un archivador etiquetado por fuera:
«Realidad que pasó, olvídala».

(Inédito)

Fui árbol y centella el mismo día

Un día voy a tenderme largo a largo
y no lo haré en otra parte sino en mí mismo.
No sé a qué pródiga sombra acogerme.
Ni cuál elegiría. Si la del alero

que en su quieta ondulación, de niño
yo vi que imitaba el curso sosegado
de un río. O si finalmente la del árbol.
Después de todo, como el árbol

yo también estuve de pie.
Fui bosque y desierto el mismo día,
la nube se hizo párpado para abrir los sueños,

me agité bajo la lluvia y el viento.
Como el árbol recibí el rayo y la centella.
Ni el fuego ni la sequía me abatieron.

Los cazadores orantes¹

Enmascarada,
la iguana aceza
con sus zarcillos sacrílegos.

¿A qué dios pagano se le consagra
este atuendo de escudos africanos
que con el verde de los bucares tatuados hace juego?

Su imagen es la resonancia quieta
del celaje que, tras deslizarse,
inmediatamente ella confunde
con las ramas o con las hojas,

¿Y cuando se arroja en el agua
sabremos al fin
qué memoria prehistórica
por un minuto
la recobra?

1 N. del E.: Para esta edición, la tercera y cuarta estrofas de este poema, anteriormente incluido en *Minimales* (Monte Ávila Editores, Caracas, 1992), fueron modificadas por el autor.

Máscaras

Que un actor, como pensaba Vallejo, cese de ser él para encarnar en uno de sus personajes nada tiene de raro. El caso se ve todos los días. Para eso ni siquiera se necesita ser actor. La hazaña consiste en no cesar de ser él. Eso sí es raro.

II

Según Pessoa, la puerta para ser otro siempre está abierta. Basta con que echemos una mirada al interior de nosotros. Enseguida nos entra el deseo de efectuar la mudanza.

III

Según Leonardo el rostro aparece en el espejo como perteneciendo a alguien que te mira. Ves su ojo izquierdo frente a tu ojo derecho y su ojo derecho frente a tu ojo izquierdo. Su ángel frente a tu demonio.

Luce como la eternidad

Todo el día la muchacha gira en su cuerpo
va y viene en el espacio donde
como pez en el agua se mueve.
Haga lo que haga, rápido el espacio
sin más demora, colmándola a su paso,
vuelve a cerrarse tras ella.

Su acción de moverse no es anunciada
que de un sitio a otro deja su presencia. más que por el halo
No importa que el sol confunda en torno
a ella los colores del día
y que el húmedo calor relumbre en su piel
como pedrería, y el viento afanándose
de nuevo remueva las cortinas
para colar desde afuera la claridad del día.

El espacio la sigue a todas partes
sin que se dé cuenta,
y así no la venza,
deja que sea lo que ella quiera.

La fuga del arcoíris

«Las aves inventadas por la luz» es una metáfora del poeta para declarar que, en el fondo, quien inventa es el lenguaje. Inventa lo que el poeta ha visto antes o ya ocurrió en sus sentidos, en su experiencia o en su [otra vida.

Del mismo modo que el poeta no podría describir el arcoíris sin antes descubrir que ya se ha ocultado a [sus ojos

justamente cuando el niño que antes fue para alcanzarlo corría y corría detrás de él.

Así, en vivo y directo, nadie puede hablar del arcoíris sin ver cómo va desapareciendo ante sus [ojos.

Su desaparición es lo que queda del arcoíris
Y es lo que el poeta plasma, después de todo,
en la rápida transición del hecho a su registro verbal.
Y es porque el poeta pone las palabras a disposición del deseo de volver a ver lo que ya ha visto.
Es decir, crea la ficción de una ficción.

(Inédito)

La muerte de Reverón

¿Por qué tomó tan extraña decisión
de irse a vivir a un litoral desierto
donde el lento y acezante mugido del oleaje,
embistiendo contra las rocas,
rompe el silencio de la playa
y el viento que silba entre los almendrones
lima la aspereza de las hojas del uvero?
El erizado mar y la picada montaña,
los cocoteros, los dioses, los monos, las quebradas,
el bramido de la espuma salpicando las piedras,
supieron al fin que recibir aquel huésped irónico
significaba no hacerse cómplices
de quienes, para usurpar sus dominios ancestrales
no abandonaban sus hábitos ciudadanos,
sus chequeras, sus mal habidas ganancias,
sus colts, sus automóviles último modelo.
Reverón prefirió sus demonios internos
al halago de ver canjeadas sus pinturas
por una cuenta bancaria.
Y murió pobre.
La locura no avasalla
sino a los que saben, por haberla poseído,
arrancarle alguna estrella.
Y así, aunque la naturaleza nos impida combatirla
para librarnos de sus garras

salvo cuando el sueño termina y la tiniebla llega,
padecer la locura es también prueba
de que aun en la mayor soledad y en la miseria
a un hombre puede estarle reservado
por un instante ser un dios o un demonio.

El boquear es uno con el salto del pez

Sobran allí en la arena que decoran
estos seres leves que, ya sin astucia,
arrebatados a la espuma, se estiran
y pugnan en loco afán de quebrantar
la resistencia del oxígeno.
De cuando en cuando alguno, como si viese,
salta impelido por un resorte interno.

Pero ¿de qué sirve que su terquedad flexible
vibrando en la luz del mediodía
con brillo relampagueante ventilen?

Siempre hay una bota lista para aplacarlos
y una mano que amontona y cuenta.

Cuando recuerdo mis éxitos

Cuando recuerdo mis éxitos
no crean que lo hago con nostalgia.
Por el contrario, disfruto.
Pues el éxito es la parte tolerable del error
cuya suma, a la hora de hacer un balance,
es mucho mayor, mucho mayor.
Ciertamente, la columna del fracaso
está llena de cuotas que nunca terminaremos
de pagar,
ni en esta vida ni en la otra. Morosos,
nos esforzamos en hacerlo, claro está,
acosados por toda clase de acreedores
y, entre éstos, la muerte.
La satisfacción consiste, así pues,
en que los abonos parciales que vamos haciendo
dan al menos la ilusión de que el negocio,
mal que bien
marcha de alguna manera.

La bolsa o la vida

Eso es lo que no se cansan de pedirnos
como si la alternativa fuera ineludible
y el trance de decidir más importante
que el resultado de la acción.

Lo que no está bien es la forma de plantearlo
y que justamente la solicitud se pronuncie
con urgencia de revólver, impunemente,
por una u otra opción,
sabiendo que la bolsa y la vida nos han sido
confiadas en préstamo
como quien dice por una temporada
y que igual daría pedirlo todo de último.
Que usen navaja, arma de fuego o que
nos pasen sencillamente la cuenta
no modifica en forma alguna
el mapa de la situación
ni dice nada en contra de las reglas del juego.

Lo que nos disgusta es lo tajante de la fórmula
o tal vez el hecho de que para responder
no podamos disponer ni de la vida ni de la bolsa.

El desenlace

Se hubiera podido evitar el desenlace
de no haber estado presente la víctima.
O si ésta hubiese muerto mucho antes
o, con más seguridad, si no hubiera nacido.

¡Impidamos que nuevos crímenes se cometan!
Borremos inmediatamente el mapa
para que no haya sitio para perpetrarlos.
El remedio debe comenzar por la geografía.

Es así como razona el gendarme.
O también: si el hecho no ha sido registrado,
no es historia. O sea que no ocurrió.

El primer aviso

—Óyeme, Guanahaní,
te hablo por teléfono
desde el Puerto de Palos.
Esgrime pronto tus trampas de luz,
agita tus hondas inmemoriales,
afila tus ojos de iguana,
tus arrecifes de coral, tus huracanes.
Arma el argumento verde de las palmeras
con el espejismo de tus soles,
tiende tu red de arpones,
tus flechas untadas con curare.
Dentro de poco zarparán de aquí
las naves de Cristóbal Colón.

¿O es que vas esperar a que
pasen quinientos años?

Autorretrato

Lo que el autorretrato dice de mí
no crean que me reconforta ni me espanta.
Cuando me miro en él me veo perdido
como si, más que plasmar mi figura,
lo que hice fue cavar mi propia fosa.
Ya quisiera yo verme de cuerpo entero en mi retrato,
libre de edad y de los estragos del tiempo
sin recibir amenazas de una superficie extraña y lisa
que tomándose atribuciones sobre mi persona
y hablando en mi nombre
se empeña en demostrar
que ese al que yo miraba fijamente, mientras
el azar guiaba locamente mis trazos,
no era yo sino otro.

Por más empeño que puse en construirme paso a paso,
obediente a las líneas del gesto automático
agarrado al pincel y abusando de las tintas
sobre la virgen tela, sólo alcancé a arrojar brochazos
que no paraban de decirme
«ese que va surgiendo de tus trazos locos
no eres tú, es otro».

Antenor, un personaje del cuadro

a Luisa Richter

Antenor era un personaje proteico.
Durante cierto tiempo, para meternos miedo,
le dio por hacernos creer que tenía forma de osamenta.
Su aparición dependía, sin embargo, de que se
lo mirase fijamente, pero de esto dependía también
el que desapareciera a continuación.
Si por error de perspectiva sacaba un pie fuera del marco
era fácil llevarlo al orden ejecutando aquí o allá un borrón
con esa especie de látigo
que vibra en la punta de un pincel aparentemente
[furioso.
Con el tiempo Antenor adquirió las partes restantes
que eran las mismas que les faltaban a otras gentes
y sin dejar, por eso, de quedar fiel a su condición de
[osamenta
en cuya suma se cifraba una existencia en cierto modo
[volátil.
Porque cuando ocurrió la hazaña de los primeros
[astronautas
el coleccionista no fue tan tonto para no sospechar
que Antenor levitaba de modo curioso y por su propia
[cuenta
como si, demasiado en serio,
tomase la sala por una nave espacial.

De lo cual no tuvo la culpa pues tampoco la astronáutica fue inventada por él. Sencillamente ocurrió que en la sala habían colocado un aparato de televisión y por casualidad en la pared de enfrente estaba colgado Antenor.

Escrito en el álbum de Emily

¿En dónde reside la grandeza de Emily?
En su jardín. En el asombro menudo de las hojas,
en los charcos con sapitos y légamo,
en la azucena y en la alondra,
en la abeja dactilógrafa
y hasta en una mosca espiando
por el vidrio de su ventana.
De la palabra mármol no le hablen. La empleó
contadas veces como cuando
a Amherst llegaron tropas del Norte
y ella para manifestar su agradecimiento
se imaginó cual doncella de Orléans
simulando en el mármol
tallados con su fe
unos labios para siempre sonrientes.

Blaise Cendrars

Todo lo que en la calle Marco Polo
me rodea es gris: a pocos pasos hay
una estación gasolinera, una venta de neumáticos
y un restorán, en cuya barra
una pierna de jamón cuelga encima
de un montón de periódicos viejos.
Más allá está una tienda de ropa
con su puerta santamaría metiendo
tanto ruido, tanto ruido
al ser levantada en vilo, como a la falda
de una mujer, de abajo hacia arriba.

Y en mi cuarto, en un cromo sin vidrio
pegado con chinches a la pared
hay un vapor, probablemente el *Formosa*,
a punto de levar ancla
desde un carcomido muelle del Havre
llevando a bordo a Blaise Cendrars.

Robinson pintaba las ideas con palabras

¿Por qué he escrito dejando tanto espacio libre entre
frase
y frase y entre las palabras mismas,
y entre las ideas y las palabras,
pegando saltos aquí allá en el torrente impuro
de la escritura y escribiendo ranuras
como si pintara poemas modernos
en las galeradas que con tanto trabajo levanté
en Pativilca y Valparaíso
y cuando más necesidad había
de salvar a la América,
no con las armas, sino por el poder de la poesía?

(Inédito)

El último amor de José Leonardo

Sara Josefina y José Leonardo veían
abultarse las horas bajo el presagio
de la fatídica persecución.

Hubo momentos sin embargo
en que se amaron como si nada hubiera pasado
y cuando más y más el cerco se cerraba
para capturar al zambo insolente.

El peligro nunca estuvo más a la vista
y la muerte más cerca de dar su zarpazo
que cuando en la plenitud de su encuentro
Sara Josefina y José Leonardo se juraron
amor eterno. Él apretó su mano.
Y ella lloró.

(Inédito)

La llave de Paul Klee

Pone la plumilla de canto
y enseguida brota sobre la hoja la danza de un milagro.
Vemos en la página pequeños íncubos enlazados
a los cuales comunica vida la fina travesía
de un molusco cuyo movimiento es retenido
por los bordes de la cuadrícula que lo desplaza
sólo en un punto fijo.

En el fondo, cual espejo, impenetrable, el plano blanco
rechaza cualquier insinuación de una perspectiva
convertida aquí en simple anuncio
de la mano que traza una línea
o deja caer del alma una gota negra.

(Inédito)

El rapto de la doncella

a J.A. Ramos Sucre, in memoriam

Algunos, los más terribles, nacen del genoma de otro
igual
a ellos y han hecho de su alma cautiverio
perdido entre las llamas de un infierno personal
que a Dante mismo hubiera metido miedo.

Solo con saberme portadora del mal
que ilusoriamente puedo hacer no me doy
por vencida. Debo ver la nefanda acción
escrita en los hechos y ejecutada en el rapto

de la hija de un cautivo perseguido por el rey
a quien un dios maldito empujó a la infamia.
Y que como él pueda la doncella decir:

¿Para qué imprimió en mi sueño el destino
una especie de maldición que no me deja dormir
más que en brazos del suicidio?

(Inédito)

Playa desierta

Hormigas y cigarrones
buscan salir del aturdimiento
que la imprecisa luz del mediodía
clava en sus mentes.

De dos en dos hacia el trozo de almíbar
se dirigen las hormigas
formando una negra hilera
que el cauce seco acoge
para que también lo atraviere
aquel que nada sabe de insectos
pero que como éstos
busca en la embriaguez
un instante de éxtasis.

Una bandera desfallece,
el clarín desearía ser más esbelto
ha confiado su suerte
a un sonido franco
cuyo llamado al orden
en las redes del pescador
ha quedado para siempre impreso.

(Inédito)

Pífano salvaje

Aquella pequeña aventura
de adentrarme en el misterio prendió en mi corazón.
Me sentí entristecido como si de pronto
hubiese surgido un obstáculo insalvable en mi camino
a medianoche
sin que el sobresalto
impidiera levantarme de la cama
como en mi insomnio de otras ocasiones.
Al despertar, el sillón, las carcajadas,
la puerta que daba al patio
eran las imágenes de un instrumento
muy bien afinado para la tortura.
Y el miedo que arroja su voz de mando
desde mis entrañas
tomó las previsiones del caso.
Así de incesante como mis pasos era la velocidad
de la carrera, tras la fuga
continuamente recortada contra la escalera
desde donde, durante el acoso, el mago
parado en la puerta dirigía la escena
con la crueldad maliciosa del que pareciera
estar soplando un pífano salvaje.

Leyendo a los otros

Yo aprendo de los otros no menos
de lo que los otros aprenden de mí.
Supongo que viéndolos, oyéndolos
a diario, descifrando sus rostros como quien lee
un periódico viejo, observando cómo administran
sus hábitos, sus ademanes contaminados
por la ciudad, el alcohol, las cicatrices,
las derrotas, la lámpara sin pantalla
a medianoche en medio de los disparos,
el insomnio y, en fin, todas las atrocidades.

Aprendo estrategias de la gente, sin andar
con rodeos. De mí también ustedes aprenden
lo propio. Y leyendo mi rostro me conocen
y no se apiadan de mí
ni me perdonan.

(Inédito)

Los horizontes son nuestros brazos

El horizonte solo es accesible
a las lejanías.

Pone siempre entre él y nosotros
las distancias.

De nada vale que te precipites
a darle alcance.

Cuando llegues, ya se habrá
mudado a otro horizonte
que como tú es también voluble y errático.

Postes

Choca que los postes
estén siempre de pie.

En cambio, los horizontes
permanecen acostados.

Son demasiado orgullosos para erguirse.
No quieren que los confundan con postes.

Sujeto hiperquinético

El hiperquinetismo es expresión ubicua del afán de conocer. Solo que, como los estados de alma, se va en vicio. Yo a veces me he abozalado y me he dicho, apuntándome con el índice de mi mano derecha:

«Vamos, estate quieto. Tranquilízate».

Y me he mostrado una silla. He necesitado yo mismo amarrarme a la pata de una mesa.

Pues una mesa y una silla son para el sujeto hiperquinético lo que la cruz para el diablo.

—Dios, hazme que no pueda llegar a decir:
Cada vez estoy más lejos de todo
y más cerca de nada.

Comienzo de partida

El camino se recorre a sí mismo.
No eres tú el que lo recorre.
Tú te recorres a ti mismo

así camines de arriba abajo
dejando atrás fronteras puentes
cuerpos alegrías y penas. Claro
que no debes hacerte ilusiones
pensando en que partes o retornas.
O que abres camino.

Éste comienza y termina en ti mismo
y recorrerte es todo lo que haces.

Del olvido

Así como hay un afán de novedad, hay un afán de olvido. A éste debe achacársele que encontremos novedad en lo que, habiéndolo olvidado, hallamos como nuevo de pronto por segunda vez.

Si no hubiera olvido, no tendríamos que tomarnos el
[trabajo
de inventarlo: él mismo se ocuparía de hacerlo.

El olvido es aquella porción de muerte
que proporciona el no saberse.
Ahí está, rescatándose solo para sí mismo
desde el fondo de nuestra propia ruina.
¿Y qué haces tú para contradecirlo?

El olvido vive de nosotros, nos exprime.
Somos la savia
por la cual él nos retribuye,
sin pago por haberlo alimentado,
la nada.

En el zoo

Este pavo real cree ocultarse cuando despliega el
[abanico
de su cola circular. Entiende el mimetismo
de modo inverso, con lo cual hace de su camuflaje
un discurso floral bajo cuyo pavoneo queda, por cierto,
bastante mal parada su falsa modestia.

Un sujeto que no porta su correspondiente sombra
cuando entra a terrenos del sol
es una amenaza. Hay en él demasiada asepsia.
Vigílenlo. Hasta podría llevar en sus manos
una estopa.

Y en un claro del bosque, este otro intenta arrancar
su sombra del suelo para vestir con ella su desnudez.
Pero, ay, solo logra cambiarla de sitio.

Y agrega:
La mancha más difícil de lavar
en un hombre: la sombra. Ésta sí que es él,
pero por la otra cara.

Ah, mis pisadas me van demostrando
que mi sombra es plana —concluye—.

Pero también puedo verificar su redondez:
¡Rueda que conmigo gira y gira!

—Está loco, échenlo —grita el público del zoológico.

Ciclo

La humanidad decrece con el individuo.
Se reduce paulatinamente,
se caricaturiza en éste.
Porque el individuo la representa,
es su encarnación viviente.
La lenta degradación infantil de la mente
privilegiada del artista es su metáfora.
El poder del mundo disminuye
con cada hombre que envejece.
Con éste envejece todo.

La rebelión de las pantuflas

La rebelión del hombre termina
en su deseo de ser libre.

Y con más frecuencia en las pantuflas
que lo separan de su deseo de ser libre.

La nostalgia que siente por éstas
es a menudo lo que hace
que se devuelva.

Celebración caníbal

La gente aquí dispara a comerse
los unos a los otros

Y para ello muestra sin discreción
la crin de sus dientes.
Olvidando todo recato

pronto se desnuda de confianza
pues lo que semeja
amorosa conjunción de cuerpos

termina en encarnizamiento.
El rompecabezas revela
que la dificultad de armar esta vida
se inicia con saña.

(Inédito)

La provincia del hombre

La provincia del hombre es él mismo.
Los ríos afluentes son sus piernas
cuando todavía puede caminar.
Sus hombros son las montañas
que destilan hacia los sobacos, cual manantiales,
ríos y ríos de sudor.
Sus brazos son las aspas del molino de viento
al que no pudo vencer.
Los truenos de la tormenta que se agita, su mente.
Su capital, el ombligo.

(Inédito)

Como Ulises

Así como antes te detenía un río crecido
hoy te detiene un accidente de tránsito,
el silbato del vigilante, una calle ciega,
una orden que tú no entiendes

así te la dieran al oído.

Antes las cabalgaduras desfallecían
y rodaban deshechas por el barranco.
Pero nada te impedía llegar a casa

aunque tardaras como Ulises diez años.
Hoy te lo impide una especie
de muerte que encuentras en todas partes

pues como marca la llevas contigo
impresa en tu cuerpo bajo muchos
disfraces por fuera y por dentro.

Boquear con propiedad

Boquear con propiedad es una de las virtudes que a la hora de morir hacen la diferencia entre el hombre y el pez.

¿Quién en esta circunstancia mantiene la compostura?
Por regla general el pez.

Si no viene a nosotros

—Y bien, no tenemos más tarea que la que está por delante. Habrá que cambiarla de sitio, y con decirlo me mostró una montaña.

Sin duda que no es tan fácil hacerlo como tener fe, fe en cualquier cosa menos en que con ella pueda cambiarse de sitio a una montaña.

Paisaje con ruinas

Por insensato que parezca, nada es tan
[impertinentemente
grato como ver las ruinas del palacio desaparecer
en medio de hojas y bejucos de una intrincada jungla.
La naturaleza armoniza bien con el progreso,
pero después que éste ha pasado.

Entretanto, el paisaje que resulta de la mezcla
en porciones iguales de lo que ahora crece y lo que,
beneficiando a la naturaleza, desde hace tiempo
ha muerto, garantiza paz a los restos.

Camino de hormigas

Humboldt asienta que los insectos fosforescentes (llamados cocuyos) copian sobre la tierra el espectáculo del cielo estrellado.

Igual podría decirse de los caminos de hormigas. Pero las hormigas sólo copian la forma atolondrada en que los individuos se desplazan en las ciudades.

De alguna manera, a semejanza de éstos, las hormigas trazan siempre el mismo camino aunque pujan por abandonarlo y hasta simulen, como los hombres, que por un momento lo dejan para volver a retomarlo.

Poema de año nuevo

Tú que celebras, ¿has notado alguna diferencia de ayer a hoy? ¿Por qué tanto alboroto? Asómate, observa la calle y dime si en este día de año nuevo todo no continúa igual. Tu mirada y las cosas que ves permanecen a la misma distancia de ayer, unidas por una línea recta a través de la cual tus ojos dan por conocido todo lo que encuentran en esa dirección. El cielo sigue siendo de un austero azul neutral. No hay nada nuevo en la forma en que el sol lame la pared de enfrente. De eso mismo se ocupaba ayer. ¿Y acaso ha adelantado en su tarea? ¿Qué te hace pensar que flota en el ambiente un matiz especial de cuya condición efímera se desprenda un estado de ánimo más optimista y diferente al de ayer? ¿Qué es eso de salir a dar gritos por la calle? Esta mañana los acontecimientos sin presentarse duermen a pierna suelta. El azar mantiene en secreto su próximo paso. Dependemos mucho más de él que de nosotros. Voltea y observa en tu cuarto la pared donde el almanaque cuelga en su sitio, sin moverse, a la par del tiempo que con su ir y venir hace que las cosas, inmóviles también,

se resistan a cambiar, cubriéndolas
con su manto polvoriento.
El espacio que habitas es el mismo.
Tú también.

El fin también pasará

El fin también pasará
y vendrá después de éste
—el nuestro— otro fin
que también pasará.

Y así hasta que al final
el infinito cansado de esperar
diga si prefiere
dejar las cosas donde están

o si, a su vez, buscará
como nosotros que otro fin,
un poco más allá,
ponga el punto final.

II

El brillo y la palabra

Hay que oír la respiración del lector. Hay que oírlo en el momento en que no se le escucha. Cuando más atento está a lo que no se dice. Cuando en lo que él oye sólo hay silencio. Hay que oírlo en los intersticios del poema cuando todavía no se ha escrito.

El brillo y la palabra

Desconfía de lo que brota repentinamente pero también, y aún más, de lo que necesita mucho tiempo para madurar.

No sobes tanto, decía a su alumno el profesor de escultura. Y a continuación, terminada la obra: «Si pules demasiado obtienes sólo el brillo».

Injusto con sus emociones

Yo no creo que el poeta sea injusto con sus emociones porque las explote. Más bien frente a éstas actúa con miedo y pudor, celoso y confiado en que las palabras harán el resto, sabiendo que más allá del limitado poder del lenguaje querer abarcar lo inexpresable conlleva derrota y humillación. Fuera de las palabras no hay otro mundo que el que ellas invocan. Y así sucede con la experiencia, la cual, para afirmarse, solicita más y más contención. Y pide al espíritu complicidad con las cosas para corregir en el poema todo defecto producido por abundancia o repetición, o por la inmodestia de quien, por el hecho de haberlo escrito, se siente poseído por la vanidad de considerarse su autor.

Cantar a los pájaros

Observa con qué facilidad escribes
sobre pájaros. Pero ¿cuántos has palpado
amorosamente con el calor de tus manos?
¿Cuántos han latido realmente
bajo la presión de tus dedos?
¿Acaso los has descrito
sin olvidar detalle
como quien conoce bien un cuerpo amado?
¿Los has liberado acaso
del peso de tus palabras?

El festín

¿Ha sido para el enjambre
de minúsculas hormigas
el sobrante de azúcar disuelta
en el fondo de la taza
que contenía té
un festín
o una emboscada?
¿Quién duda que se dieron su banquete?
Pero pocas regresaron
para contarlo.
Así nosotros.

Lleno y vacío

Sin el bosque no te imaginas la función del hacha.
Ésta ha sido pensada para penetrar en él.
Lo que en el hacha es suma, en el bosque es,
golpe tras golpe, resta.
Lleno y vacío. Ruido y silencio.
El hacha habla y el bosque responde.
El hacha pone la música pero el árbol es el instrumento.

Diálogo de una sola punta

—Aquí está la cuerda. Hale usted por esta punta mientras yo sujeto la otra.

—Pero, ¿cómo? Si esto no es una cuerda. Es una culebra.

—Entonces agarre usted la cabeza que yo asiré la cola. ¡No vamos a pelearnos por un problema semántico!

Aventuras de lo real

Lo imaginario es lo que más propenso está a convertirse en real. A la inversa, lo real es lo que de por sí tiende a hacerse imaginario. Es decir, a perder realidad. Elija usted.

Pero la verdad práctica es que lo imaginario no entra en los planes de lo posible si no tiene asiento en lo real —aunque sea como pensamiento loco o como idea de una alucinación.

La ubre pública

La mayor utilidad que presta el tiempo
deriva de consumirlo,
de consumirlo enteramente, gozoso,
como a las frutas.

Si no vives, lo has perdido para siempre.
Y sin embargo, ¿quién pone en duda
que es una ubre pública?

Tienes que hacerte un sitio debajo,
y pronto, para que no vayan a decir
que lo desperdiciaste por estar pensando
en la mejor forma de exprimirlo.

Pequeño alfabeto

Las plantas crecen de su cuenta.
Nadie ve cómo ni en qué momento.
Su crecimiento es una acción pasada.
Al menor descuido tuyo, madura
un tomate. Volteas, y abre la flor
blanca del manzano.
Y crees que tu mirada contribuye
a ese pequeño milagro.
¡Cuán equivocado!
Todo pasa sin que te enteres.
¡Y tienes todavía el coraje
de creerte dueño del jardín!

La inspiración

No escribo sobre aquello que pasa por mi cabeza.
Más bien escribo sobre aquello
por lo que mi cabeza pasa.
Vivo solo, encerrado en mi cuerpo.
Yo soy mi universo y mi solo firmamento.
A veces, desde afuera, una corriente de aire entra
cuando se abre la puerta
y un montón de cosas viene a instalarse en mi mesa.

¡Cuánto desearía yo que como la puerta
mi cabeza pudiera abrirse siempre!
Pero esto, ay, ocurre sólo algunas veces.

Nombro, no descubro

Cuando salgo de casa llevo conmigo a las palabras.
Entonces comienzo a descubrir las cosas,
veo esto y aquello con asombro de neófito en una ventana.

O quizás no veo ni descubro nada nuevo y asombroso
sino que nombro y nombro.

Por eso fue bueno traer conmigo a las palabras.

Fue útil tenerlas a mano, conmigo, en alguna parte
de mi mente

para comprobar

que todo lo que descubro se reduce a ellas.

II

Muy hermoso debe ser el paisaje
que elogias tomándote el trabajo de señalármelo
con la mano para que lo vea. Pero

yo sólo estoy viendo

aquello en lo cual pienso.

Bastante ocupado me tiene mi propio paisaje.

No un paisaje propiamente
sino un lugar en mi mente.

Manual de retórica

La peor de las tentaciones en contra de la poesía se cumple cuando es el poeta mismo el que defeciona.

«Traición a la patria», grita el académico, sin poder disimular su alegría, brincando en una pata. Porque no hay mejor noticia para un profesor de literatura que cuando averigua que puede contar a los poetas vivientes con los dedos de sus dos manos. Con más razón si se le exime de tener que ocuparse de irlos eliminando uno a uno. Pues ya se habrán arrepentido o habrán desistido los que como yo fuimos en esta vida poetas por un día.

Y que no le digan que hay reservas y reservas de poetas haciendo cola, porque se pega un tiro.

El poema

Es una lástima que en el sueño hayas visto una
rosa abandonada en tu almohada y que al despertar
tuvieras que destrozarla para comprobar que era
[verdadera.

Los pájaros

¿Es que volaron antes de que nos diéramos cuenta
de que podían hacerlo sin necesidad de tener alas?
¿O fue que nuestras miradas se las prestaron?
Así el poema.

Las palabras

No sé si las palabras reconocen
tan bien como el pan su sitio en la mesa.
Si poseen instinto para diferenciar a su dueño
con la precisión con que lo hace
el olfato del perro.
Si como el pan y el vino ocupan
un lugar exacto en la mesa
comunicando calor a las manos seguras
de alguien que sabe en este momento
lo que quiere. Si viven en su fuero a merced
de lo que se espera de ellas tercamente
prestan a confiarnos,
cuando lo solicitamos,
el poema. O si, menos dadas que el pan,
solo renuientemente y con rabia
sabras por fin entregan sus vidas oscuras y turgentes
a quienes, poniéndoles cerco,
obstinadamente ensayan descifrar sus misterios.

Árbol en la llanura

El árbol de ramas secas en la sabana
raya como pluma o lápiz el firmamento

.

Y piensa para sus adentros
que es una mano interna

la que, en él mismo, lo mueve
a escribir este bucólico poema

como banda que desplaza
azules y nubes

de página en página del cielo.
¿Pero acaso sabe él

que esa mano que traza
es la misma que tacha?

En esto también es humano.
Escribe, escribe y borra.

Estos alegres bucares

Estos alegres bucares, estos apamates
en general nos hablan poco.
¿Por qué tendrían que hablarnos?

Lo que tienen que decir ya lo han dicho
con sus follajes con sus flores rojas y moradas,
con las vocales tiernas

de sus hojas frotadas por el viento
y lo seguirán diciendo
todos de la misma manera.

Basta mirarlos para que se agote en ellos
toda probabilidad de elocuencia.
Y su existir es reposada

presencia que en el solo
mirarlos se agota.
Si algo tuvieran que decir

no nos lo dirían a nosotros.
Se lo dirían a los astros
¿o a algún dios oculto en sus frondas?

¿Cuántas palabras habré yo dejado de decir?

¿Cuántas palabras habré yo dejado de decir por ignorancia o temor? ¿Cuántas por no haber tenido paciencia para armarlas? ¿Cuántas por no haber entrado yo en uso de razón? ¿Cuántas por haberme jugado una mala pasada? ¿Cuántas por subestimar el orden de mis necesidades verbales? ¿Cuántas simplemente a causa de su estado larvario? Palabras que no daban la cara por nadie.

Palabras que apestaban como la tífus de los inválidos. Palabras por las que yo no hubiera apostado ni un solo centavo. Palabras que dejé yo de decir para no mencionar la hecatombe a la hora de cantarle a los pájaros.

Vertedero público

Sin reporte de contingencias
el sol no se confía
al humo de los basureros
como para admitir que sea su fuego
el que en montoncitos, uno a uno, nos quema.
Alarma. Sin causa arden objetos
muy extraños.
¿Seremos nosotros?

(Inédito)

El paisaje y él

Fue de paseo al campo aquel día
pero nada en especial
vio ni sintió
como no fuera
lo que por el camino
iba pensando.
Ambos pasaron de largo.
El campo y él.

La realidad

Que se oponga pero que deje ver
Como la verja, no como la pared.

El poema

Que refleje pero que deje ver
Como el cristal, no como el espejo.

Dos haikús

El lavamanos

Del chorro brota una cascada.
Las rocas son mis manos.

Emerges por el chorro de la voz
cuando abres el grifo de tu boca.

La página

El pensamiento más trivial se torna necesario
cuando sabes prescindir de la rutina del diálogo
y vuelves al estado en que te hallas,
concentrado para suponer
que ahora mismo podrás escribir un poema.
Con más razón si frente a ti la página
su blancura extiende sobre esta mesa pobre
ante la cual una silla confortable
alarga sus dos brazos para dar más empuje
al gesto con que tomas la pluma.
Dispones de la calma inocente del tiempo
que, sin prisa, aguarda a que elijas
la primera palabra
cuando el dictado tenue y laborioso
de la luz que entra por la ventana
arroje un foco de azar sobre la página
donde no has escrito nada.

Sobre un petroglifo

Déjame, piedra, retomar el hilo de la historia
en el punto en donde nada me aclaran las formas
que en la piedra primero dibujó el diluvio.
Déjame, piedra, que encuentre en ti el origen.
Déjame, piedra, que encuentre en ti la casa del ojo.
Déjame, déjame piedra, que recupere en el surco
[abrasivo
la habilidad del que con tanta diligencia
grabó en ti las líneas de la vida.

Naturaleza muerta con fondo marino

El engranaje en la roca donde maniobra el cangrejo
la biela la rolinera el cigüeñal el trencito de plástico
el tornillo exento y el vaso de cartón
que al molusco sirve de transitorio pedestal
afectados de transparencia en el fondo del arrecife
y convocados allí entre los desperdicios del mar
para componer una naturaleza muerta
que ante la mirada curiosa es ordenada
según una ley absolutamente casual
que exime al paseante de tener que buscar
en la mente una más oportuna
definición surrealista.

El guardabosques

Tú que sabes cómo está hecho el bosque,
de qué savia y de qué sustancias,
¿dime qué misterio que yo no conozca
encierra mi hacha?

Tú que sabes de la resistencia del bosque,
de sus pájaros, de sus conjuros, de su verde fronda,
dime qué debo hacer para que el fuego no lo destroce
y para que el guardabosque feliz tenga en él su casa.
No para mí que estoy de paso.

No lo digas todo de un golpe

No lo digas todo de un golpe,
dilo poco a poco.
Manda al diablo la versificación y la métrica,
la impostación y la retórica.
Promedia tus necesidades de verbalización
de modo que tu discurso no resulte largo ni torpe.
El poema como el aliento debe ser corto
y las palabras no demasiado enfáticas
para que cuando te sientes a escribir
digas con exactitud todo lo que nunca
llegaste a saber de las cosas.

El poeta es un pequeño dios

Lo que he hecho es jugar.

Lo que he hecho es retirarme a mí mismo,
retirarme para dejarle mi sitio a las cosas
como hiciera Dios ante el universo
con el fin de ocupar el puesto de éste.

Lo que he hecho, quiero decir, es concentrarme,
pero a una escala mínima: la del poema.

Concentrarme como un pequeño dios
desalojado de sí para dejarle sitio al poema.

La cascada

Sentados en el barranco vemos la cascada
cayendo como sílabas blancas
fija sobre las grandes lajas
tal si una lengua oscura recobrará en el chorro
el uso de la palabra.

Y si enmudecemos nosotros es sólo para percibir mejor
cómo en la columna de agua una voz sin descanso
repite nuestros nombres,
insistentemente. ¿O será que la naturaleza, acaso
[oscuramente,
sin obtener respuesta, nos habla?

Naturaleza muerta

Objetos comunes traídos de otra parte
y alzados por una mano generosa
que lentamente fue poniéndolos
en la mesa donde ahora mismo escribo
bajo una luz tenue que desde el techo
por un momento desciende y se detiene
en el estante lleno de libros.

La connotación es exacta pues ninguno
de los objetos está de más, cambia ni se mueve
de su sitio. Incluso el agua de la pecera de la cual
uno podría sospechar que se evapora
mientras le damos la espalda no ha escapado
del recipiente que entre anémonas y corales
la contiene para confirmar que están allí,
sobre la mesa, las flores que
cual anillo a manera de lámpara
reflejan el temblor del color blanco
con que la pared nos vigila
como si llevara ojos y la luz de éstos
se desparramara solo para entregarse
al milagro del silencio que hace
esta mano ocupada en escribir
el poema.

El médano

Incluso cuando está seco el lecho
de agua en el médano con arena se lava.
Es tornasolado y reverbera
como el hierro fundido que el sol
a mediodía prepara.

El agua está ausente, es cierto
pero el cauce mantiene húmeda
en la arena sedienta
la esperanza de que llueva

pues batido por el viento
el polvo hora a hora lo lava.
Así también tu garganta
ávida de decirlo
espera las palabras.

La forma

Tomas la lluvia por una de sus hebras finas
y no puedes comprobar si la parte asida
es la punta o el cabo de la hebra
porque al abrir la mano constatas
el destrozo del sortilegio.

—Tonto. ¡No tenías que tocarme
y mira lo que has hecho!

Del otro reino

Septiembre, el mes en que agotada su perspectiva
por una especie de cansancio de la ley de gravedad
las lluvias declinan sin que pueda hablarse,
[inevitablemente,
de otro vínculo más directo con el cielo.

Es en la lluvia donde se ha materializado el rezo del
[poeta.
Y éste asiste al despegue de sus palabras con un fervor
que imita el súbito crecimiento de un árbol.

(Inédito)

El parto de las palabras

—Suéltense —eso dice el poema.
Pero el gramático no le hace caso.
Teme por su salud. Cree que necesita de partera
y que, dejadas de su cuenta, las palabras
no pueden dar a luz.

(Inédito)

Contentos de tener torres de asfalto

No hay poetas puros en los comienzos de la literatura
Tampoco sale oro de las coladas de los mineros
[primitivos
Tampoco hoy hay torres de marfil en las ciudades,
sino torres de asfalto.

(Inédito)

Poesía por asalto

Como el asaltante que se hace de una bella rehén
y sin dar el frente se escuda con su cuerpo,
pistola en mano, marchando hacia atrás,
así por la fuerza, para escapar del cerco
y para robarte la voz y sentirla
como si fuera la nuestra,
así Poesía te he tomado por asalto.

Solicitud

La poesía solicita de mí mucho más
espacio del que puedo dispensarle,
y también mucho tiempo de mi vida.
Mucho más del que me queda.
Y yo no hallo qué acordarle.
Ni qué primero y qué después.
No sé si tiene sentido preguntárselo.
O si está bien que sepa
que no tener qué darle
es ya darle.

Vuelta y vuelta

El poeta escribe sus poemas
como si se tratara de plegarias.
Piensa entonces
que la poesía es religión.
Pero cuando, pasado cierto tiempo, vuelve
a leerlos y encuentra, caramba,
que no son tan buenos, cambia de opinión.
Ahora piensa que no hay verdaderas razones
para dejar de seguir siendo ateo.

Críticas al automatismo

Cual frágil caña varada en el viento
no deberías dejarte arrastrar por la inspiración
y quedar a merced del poder real
que te conceden la mente en blanco, el azar,
el descontrol del pensamiento
y un juicio desprovisto de moral
durante un segundo involuntario de creación.

Deberías más bien de tratar por la fuerza
de volverla dependiente de tu actividad mental.
No esperar a que venga la inspiración
sino correr detrás de ella
con el afilado lápiz y la voluntad firme
de quien abriga la disposición, látigo en mano,
de hacerla obedecer.

Un día te encontraré en la escritura

Un día te encontraré en la escritura.
Y ya no será un camino torcido
sino sencillamente el que conduce a ti.
Yo confío en que por ese sendero
llegue a rozar un día la posteridad.
Sé que no será un viaje corto
que garantizará después de todo
que el prodigio que me negó esta vida
será recompensado en la otra.
Puesto que como ya se ha dicho
sólo se es poeta después de morir.

Quiero que la poesía reine

Quiero que la poesía reine, pero que actúe como la prosa.
Informal y campechanamente. ¡Que no abrigue en sí
tanta presunción de obra maestra! Que esté escrita
principalmente en prosa, prosódicamente.
Que adopte los giros de ésta, su desnudez, sus saltos
y hasta sus caídas libres.
Que deje abierta a la duda la puerta del entendimiento.
Y que excluida de la voluble trama metafísica
de la versificación pura
ponga las cartas sobre la mesa del sentido.

Si quieres ver

Pintor,
si quieres ver, tienes
que quitarte los ojos de encima,
tapártelos e, incluso,
prescindir de ellos
como de un error
para que no estén siempre en el medio
entre tú y las cosas
viéndote mirar
sin otro efecto
que verte a ti mismo mirar.
Piensa que sin ellos
puedes llegar a sentir
que lo que percibes es posible
(y hasta posiblemente real).
Pero sobre todo piensa.

III

Aforemas y otras barbaridades

Hay quienes crean un estatuto para la mirada, del mismo modo en que se le pone marco al cuadrado o en que, para ver, nos sometemos al rectángulo de la ventana. Un estatuto que consiste no en la mirada misma, sino en un método de visión aplicado a lo que se quiere circunscribir con ella.

Prólogo de los basureros

Avanzaré sin sentir asco
ni pena ni repugnancia
largo a largo a tenderme en las gradas
de este reino donde el papel higiénico
flamea en los palcos de botellas.

Me iré a engordar los límites
en donde el cují y la rosa
se abrazan sin contrariarse
y la ciudad está en paz con sus víctimas
y no duerme desvelada
por el pico de los pájaros ebrios
que a mis sueños escarban sin prisa
y a mis expensas
aún no terminan de darse su cena.

Barranco abajo coronando los cerros de lata
con el sol retorciéndose en mi espina
encontraré hecho jirones
el hule de los sillones baratos
y veré a la carcoma
con sus huevos al hombro
entrar a los túneles del cedro.

Aquí donde al salitre por fin
los automóviles dan su brazo a torcer
y el jugo de frutas
no anda más por las ramas
y chorrea por los escalones
de la depredación.

Avanzaré entre la goma espuma y el anime
entre el poliéster y la fibra de vidrio
entre el vynil y la silicona,
marcharé avaro forrado de ropas
bamboleándome como un astronauta,
calzado con zapatos de a kilo
descenderé por las dunas de vidrios rotos
y el corcho de los desiertos.
Avanzaré a buscar lo que de ningún
modo encuentro, buscaré
lo que no se me ha perdido
entre resortes cuyos espirales
a mi paso hacen befa de mis pantalones
inflados como globos por el viento.

Subiré a los altares donde
el cobre y la porcelana
al paisaje montan guardia
y en la rosa del orín
dan a beber la gota de agua
que ya no sale por los caños.

Aquí donde el fuego no anda con rodeos
y va rápidamente al grano
como la luz en la punta del rayo.

Me iré de bruces entre los primeros
a descubrir cuanto antes
la manera de sellar con mi cuerpo
la boca de los tarros de basura.

Me iré a ver cómo en la pira del sol
por orden del instante
arden ya, de mayor a menor,
ay, todas nuestras tribulaciones.

Después del deslave

Tenemos que agradecerle a los publicistas su interés por nuestro país. Se espera que con el apoyo de éstos y de la Comisión Nacional, de la TV, de la sociedad civil, de la cinematografía mundial y de nuestros libretistas y escritores, podamos sacarle a este doloroso suceso el mayor provecho.

(Tomado del diario *El Nacional*, 23 de febrero de 2000)

Una de las cosas que suceden con nuestro modelo de participación ciudadana es que la gente está cada vez más convencida de que mirando los acontecimientos en la pantalla chica se compromete más que el que no ha visto nada. Que se piense de este modo es una perversión que los dueños de los medios alimentan con el propósito de que la gente se ocupe más de lo que ocurre en la pantalla que de lo que ocurre en la realidad.

Este compromiso virtual le parece obvio a la persona que sentada confortablemente piensa que basta apagar el aparato para ponerse a salvo de la furia de la inundación.

Escenas virtuales

Ninguna imagen de la tragedia luce bastante cruel
cuando al lado, en la mesita junto al televisor,
hay un vaso con whisky y, más allá,
esperando, un sándwich y una taza de té.

Disculpen, pero aunque pueda ser cierto
eso que veo en pantalla es una escena virtual.
Observen allí cómo se dispara en el barranco
la cota de crecimiento de la corriente.
Observen allí como bajan los ahogados
sobre la cresta del caudal.

Afortunadamente todo cuanto ocurre afuera,
según la filosofía idealista, acontece sólo en mi mente.
Y tiene razón, pues basta hacer girar
el botón de cambio para borrar el acontecimiento
darlo por visto
y entrar a otro canal
donde también pasan una mala película.
Lo siento.

Si se anunciara desde una sala de juego

Lo que vuelve más terrible a la onda de pánico desatada tras la decisión de llamar a la guerra cuando se le anuncia al mundo a través de cincuenta micrófonos, es la carencia absoluta de humor en quien la declara.

Si esta decisión fuera tomada menos en serio o se anunciara desde una sala de bingo, con aire desenfadado y menos sentencioso (y hasta en mangas de camisa), la gente

podría estar mejor dispuesta para entender que la guerra, además de ser un bonito negocio, es parte de un gran juego en donde solo los que son enviados a combatir en ella llevan las de perder.

Pero, ¿quién después de oír el patético anuncio carente de humor, va a creer que el mundo mejorará porque se afirme que la guerra es la única manera de cambiarlo? ¡Dígalo cantando, señor!

Y no es que yo no piense como cualquiera de ustedes:

*Quien quiere que el mundo siga siendo como es,
no quiere que siga siendo...*

Plusvalía

La inversión no se tranquiliza.
Una vez que posees un objeto
enseguida te entran las ganas de venderlo
y buscas comprador. Así sea tu madre.
La plusvalía sale a relucir inmediatamente
pero la disfrizas diciendo:
«Si engordo la cosa es para disfrute de la gente
Porque doy empleo. Haré con el producto de la venta
nuevas inversiones y una gran fiesta en un Sambil.
Distribuiré entre los desposeídos todas mis riquezas.
Pero de aquí a cierto tiempo que pueden ser siglos».
Lo que tienes en el banco ganando intereses
es poco en comparación con lo que puedes obtener
en materia de ganancia si vendes un cuadro
en una subasta y recibes por él diez veces
más de lo que pagaste. ¡Hiciste tremendo negocio!
¡La inversión da para todo!
Y una vez que la has hecho
olvídate de todo lo demás,
de la miseria y de esas cosas
de las que también se saca provecho.

(Inédito)

Arte y realidad

Hasta con los hierros retorcidos
del autobús hecho pedazos
al estrellarse contra la gandola en llamas
estamos en deuda.
Hemos hecho con ellos obras de arte
recogiéndolos prontamente una mañana soleada
al borde de la autopista
en el sitio donde ocurrió la tragedia.
Figuras erectas con rígidos brazos y piernas
de aluminio y hierro colado
salieron de nuestras manos.
Pero las más esbeltas las hicimos
utilizando tornillos bielas tubos de escape
y soplete de acetileno.
Parecieran monstruos o deidades abstractas
que fingen levantar vuelo
desde el piso de la sala.
En la vía sólo quedaron el recuerdo y la ceniza
de las víctimas del choque.
Con sus huesos no pudimos hacer nada.
Pues ya se los habían llevado.

(Inédito)

Patria mía del humo

Miro el paisaje piadosamente:
veo como está dividido en dos por la carretera
que avanza en medio de la sabana incendiada
por sus cuatro costados.
A la izquierda y a la derecha, en primer plano
y al fondo, entre los pajonales las llamas avanzan.
Y una gruesa columna de humo
cuelga de la nube remota
como de un gancho de carnicería.

Sólo la carretera no está en llamas.
Luce en medio del incendio limpia de culpa.
Desde ella, como desde un mirador,
de lado y lado a mi pobre y amado
país se contempla. Algo comparable solo
lo he visto en los cuadros de batallas
por la independencia.

Pero, ay, aquí ninguna de éstas se ha librado.

Derecho de réplica

Cuando la naturaleza respeta tu vida
y te salva por un tris en el momento
en que estás a punto de perecer,
es porque ya se la habrá arrebatado a otro.
La naturaleza no suelta prenda.
Pero cuando es a ti a quien, en una segunda vuelta,
la arrebatata, es porque sabe que
no tienes derecho a réplica.

Ni más alternativa.

Paradoja del insomne

Estoy bastante satisfecho
de poder hablarme a mí mismo
y de que, además, pueda ser
oído por alguien que, como yo,
es de mi entera confianza.
Y que me pone tanta, tanta atención
como la que yo a mí mismo me presto.

Semblantes desaparecidos

—¿Qué buscabas en lo semblantes
perdidos entre los cuerpos de la multitud?

—A alguien que, porque nunca existió,
no ha desaparecido.

O a alguien que, porque no estaba desaparecido,
nunca existió. O a nadie.

Buenas maneras

El lobo no suelta la presa.
Es la carne del cordero la que suele aflojar.

H. MICHAUX

Los dientes del perro están a la vista.
Son finos, blancos, relucientes. Se diría
que saben sonreír y hasta ríen con nosotros
cuando creyendo intuir en nuestros gestos

un aire de familia esbozan de comisura
a comisura de la boca, igual que nosotros,
como respuesta pronta, una mueca triste
o una caricia empalagosa.

De los colmillos, en cambio, poco sabemos.
Permanecen adelante, calmos, ociosos, astutos,
renuentes en las húmedas fauces
y ocultos, sin mostrarse en exceso

y sólo cuando la circunstancia
amerite de una más convincente demostración.
Aunque para esto el perro ni siquiera
necesita abrir desmesuradamente la boca.

Paisaje cebado en los trópicos

Aquí nadie está claro y en primer
lugar yo tampoco.
¿Y por qué tendría yo que estar claro?
Lo que tiene que estar claro es la luz.
Con una claridad meridiana en alza
como las acciones de la bolsa
puede verse todo claramente.
Si no hay claridad en ti ni en mí
¿por qué preocuparse?
Goza tú de esta luz maravillosa,
de este paisaje cebado en los trópicos.

La confusión ideológica en mi país
es pura inocencia.
La situación política perdonen
si no la entiendo.
¿Soy acaso el más llamado a entenderla?
En mi país quien está claro
es sencillamente un tonto.
¡Que se roben ya las arcas
y que lo hagan cuanto antes
pero a mí que me dejen
la luz de mis trópicos!

La máscara y mi doble

¡Con qué gusto llevaría yo mi disfraz a todas partes!
Un disfraz tan holgado y transparente
que no tuviera yo necesidad de emplear
más traje que la piel de mi cuerpo.

Un disfraz cuya obviedad demuestre
que en su molde mi vida ha quedado
para siempre fidedignamente impresa
y en el que para reconocermé no sea

necesaria otra máscara que la que llevo puesta.
Irreverente, feliz o afectuoso, qué importa
con tal, señores, de que fuera un disfraz
que pudiera adoptar mis gestos.

Y en el cual, una vez dentro, no me sintiera
yo más encadenado al deseo de ser otro.
Un disfraz, quiero decir, idéntico a mí mismo,
que yo pueda llevar con gusto a todas partes,

a los consejos de familia, al congreso
y a las asociaciones de vecinos.

En fin, un disfraz por el que nadie, ni yo mismo
tenga que sentir vergüenza
y en donde definitivamente reconfortado
mi doble pudiera moverse a sus anchas.

Es como una fiesta en celuloide

No vamos a poder considerar
las tragedias como experiencias personales
mientras no nos sucedan o las protagonicemos.

Al menos eso ocurre con los desastres naturales.
Éstos no se molestan en presentarse
y ni siquiera insisten en volver
a tomar cartas en el asunto,
salvo cuando por alguna razón —y con argumentos
de peso— están dadas las condiciones.
Lo malo es que las condiciones las pone
el fenómeno mismo en el momento de aparecer
justo cuando se descarrilan los acontecimientos
y todo se va a pique
sin permiso de nadie.

Perdonen mi audacia
si digo que estas calamidades
pueden generar beneficios incalculables
cuando, más allá de la ruina y el desastre causados,
ellas se prestan para hacer buenos negocios.
Así, por ejemplo,
en los aluviones de agua iracunda salida de cauce
que a toda velocidad bajan desde los conos de eyección

arrastrando a su paso cantidades de rocas, ratas,
reses muerta, cambios topográficos,
gran número de víctimas, infelicidad y terror,
en todo ello hay material de sobra

para filmar una película.
Piensen solo en los beneficios.

Cartón comprimido, batido de fruta tropicales,
escenarios artificiales y bandas de percusión
para imitar el deslizamiento
de las rocas cuando se hagan
las tomas para reproducir fielmente el desastre,
corren por cuenta de la empresa
y están en el guión.
Directores que hacen méritos, hay.
Buenos y malos actores también.

Diálogos

Hay diálogos para los cuales está de más decir
que no es preciso hacer uso de las palabras.
Hay palabras para las cuales está de más decir que
no es necesario hacer uso del diálogo,
definitivamente tensas como el hierro que devuelve
la confianza en una conversación tejida a la altura
de la cabeza e, incluso, duras como la elocuencia
que el bronce derrama desde los pedestales a medianoche.
Diálogos cuya solidez se resiste como el vidrio roto a
ser golpeados con el filo de la mano.
Diálogos que rechazan ser comparados
con el tórax de los que para decir algo simplemente
[vacilan,
balbucean, pierden el resuello,
caen privados del lustre nuevo que acusan
las estructuras del mejor silencio tramado.

Pavimento con nuevo comensal

Pronto, sin pérdida de tiempo
despejemos la vía. Apartemos
los trastos, el bastón, el cadáver del perro,
la polaroid, los papeles regados en el piso,
la abolladura triste
en la mandíbula del latón,
las ruedas al aire, el sorbo de grasa en la piel.
El paraguas junto al silvín,
las piedras a discreción.
Objetografía plural
que por un instante más
besa la goma tibia del pavimento.
Sin pérdida de tiempo, pronto,
borremos de la ciudad esta mala impresión
con la prisa que se pone
en sacudir los restos del mantel
de la mesa ante la cual, de pie,
impaciente aguarda un nuevo comensal.

Coctel

Demasiados programas
Demasiados cocteles reuniones
convenciones congresos ritos festivos
Demasiados agentes libres en el mercado
y si a esto tú te sumas
acabarás con que hay
demasiada gente holgazana como tú,
bostezando frente a un cuadro
a duras penas soportándose
para rechazarse luego
con un somero apretón de manos
y un hasta luego. Señores,
esta farsa no se detiene
y pese a ella sobrevivimos.

Historia del poema

Los profesores de literatura dicen de la poesía
cosas que yo no diría del peor de mis enemigos.

GEORGE BOWERING

El preceptivista intenta darle caza.
Lleva en sus manos unas pinzas
y corre tras él
listo para desglosarlo
en cuanto le ponga el guante
como a infeliz mariposa.
Con argumentos más lógicos,
el profesor trata de echarlo por la fuerza
o, llegado el caso, si resultara
demasiado imprudente,
lo derriba de un puñetazo sobre la mesa.
Aunque selle herméticamente puertas y ventanas,
en el fondo sabe que el poema
no tardará en colarse.
En una cosa el profesor y el preceptivista
están de acuerdo:
Preferirían verlo muerto.

Y ahora la historia de la crítica

En esta ciudad todos quieren la muerte del poeta.
En Palacio todos quieren la muerte del poeta.

En la Academia todos quieren la muerte del poeta.
Los poetas mismos apuestan a la muerte del poeta.

Y cuanto antes. Pues solo así, una vez muerto,
se podría comenzar a hablar de él. Mal o bien.

Antigua realeza

Como emblemas, el águila y el león
no me dicen gran cosa.
Al águila la vi en su cordel, amarrada

a un poste de alumbrado, vencida,
con la cabeza gacha y la mirada fruncida de pavor.
¿Y en eso consiste su altiva grandeza?

Del león recuerdo su imagen
en la escena de una película
donde se pavoneaba de un lado a otro

de una escenografía de cartón
sin atreverse a mostrar sus dientes.
También lo vi en un circo, condescendiente,

abriendo desmesuradamente la boca
en gesto de agradar al público
frente a la tranquila cabeza del domador.

¿Y en eso consiste su altiva fiereza?
Por Dios, no me hagan tenerlos como parangón
para medir mis propias fuerzas.

Hazaña

Rimbaud se jactaba de haber sentado
en sus rodillas a la belleza, y la época
no vaciló en considerar
tan osada confesión
como una hazaña de incalculables
proyecciones literarias.

Pero en estos momentos escépticos
en que el gusto ha proclamado como verdad
irrefutable de la estética
el que puedan coexistir
bellezas feas y aborrecibles
junto a beldades por siglos y siglos
tenidas como tales,
yo me conformaría, por decir lo menos,
con sentarla a mi lado
y quedar con las manos y las rodillas libres
para, si me viera acosado,
intentar cuanto antes la fuga.

Accidente cósmico

Si el sujeto da un trastabillón en la superficie terrestre y, resbalando, se cae del planeta, lo que más puede llegar a pasarle es que se quede gravitando en la órbita correspondiente a su densidad y peso, a la espera de la sonda que lo traerá de regreso, ay, a nuestro dichoso planeta.

Ni siquiera en materia orbital, el hombre goza de independencia completa.
—Hosanna, gritarán en cuanto la sonda toque tierra con él a rastras. O caiga en el mar.

Pero si muriera sin haber salido del planeta, ya no habría manera de que vuelva con nosotros. Aunque lo tengamos, calle de por medio, en el cementerio de enfrente.

Puede ser que todo esto haya sido la invención de un accidente cósmico sin importancia. Pero conste que con tal clase de hechos, si sucedieran, el sujeto no demostraría más que su adhesión incondicional al planeta.

Retrato de un artista moderno

Usted procura expresarse utilizando el deterioro.
Vea: los marcos de sus cuadros están cariados
por la polilla, incompletos y además compruebo
que usted pinta vírgenes y ángeles
sobre postigos desvencijados y tablones carcomidos,
babeados por la lámina marina
y recogidos en las playas junto a excremento de tortuga
y vértebras de ballena. Advierto que esos trozos de mar
han raspado la historia y pasado por muchas manos
después de que fueron bellos objetos adornando el
[altar mayor
de una catedral románica, objetos a los que la lengua
[del tiempo
ha cubierto con una costra verde como el mercurio roído
por el agua salobre. Advierto en su taller cajas de madera
como ataúdes adosadas a los muros,
a modo de restos del naufragio que depositó en su taller
mascarones a los que solo la sabiduría de un arconte
hubiera podido llevar a puerto seguro.

Foto de la boda

Tantas frases exquisitas dichas al oído
tantas esperanzas puestas en esta foto,
tanto idilio de la palabra casada con la promesa rota.
Tanto dinero gastado
para montar esta casa.
Tantos planes para cuando fuéramos
a Roma y Venecia.
Tantos pasos a nivel y tantas piedras
en medio del camino
para que al final brillara el desencanto.
Como tenía que ser.

Cruce de avenidas

Si hablas demasiado el gas de acetileno
no basta para cerrar los derrames de palabras
cuando nos vamos a las manos en plena calle.
Ni la voladura de sesos le produce
dividendos al vendedor de ostras
que este domingo por la mañana
atestigua desde su tienda de buhonero
en la avenida Fuerzas Armadas
el choque frontal de dos coches último modelo.

Rumsfeld

Ahora que el terreno está completamente despejado podemos enviar más ayuda humanitaria a Irak con nuestros misiles.

La ayuda humanitaria es con el fin de que los sobrevivientes puedan estar bien alimentados para prepararse a recibir nuevas descargas de nuestros misiles en cuyas puntas van las bolsas de comida.

Dalí

Un reloj ablandado sobre un desierto duro.
Una jirafa en llamas bajo el cielo macerado.
Solo falta en este escenario surrealista
un bufón con los bolsillos llenos
pero entonces
¿quién va a ocuparse de pintar el cuadro?

Del tiempo como metáfora

No puedo imaginar el tiempo,
ni el tuyo ni el mío.
Mucho menos podría definirlo
para adecuarlo a una situación
que entretanto ya habrá pasado.
Basta de pedirme que dé la cara
a fin de que la gente sepa a qué atenerse
respecto a lo que soy o no soy.
Basta de corporizarme
en cuanta ocasión se presenta
con la consabida frase:
«Soy fulanito de tal»
para que obviamente el otro
pueda formarse su opinión:
«Sí, es un bípedo, vale decir, un animal».
Solo si trato de definirme
creo poder encerrar el tiempo
en mi idea de la medida del tiempo.
Vana ilusión. Con eso únicamente
estaré construyendo una frase.
Pero si ensayo vivir a tiempo
entonces ¿qué sentido tiene
ocuparme de la definición?

El uso de la equivocación es una manera de santificarla

Quien se ha equivocado mucho en su vida no parte de que, porque se ha equivocado mucho, de ahora en adelante se equivocará menos, conforme al dicho de que la experiencia enseña. Más bien parte del principio según el cual, gracias a haberse equivocado mucho, ha adquirido licencia para seguirse equivocando.

(La argucia de pretender que porque se actúa se yerra, ha hecho de la equivocación una regla general cuya excepción es acertar una que otra vez.)

Dogma

Como criterio de valor, el dogma según el cual la mejor [obra es la que cuesta mucho trabajo hacerla se ha atribuido erróneamente a la literatura.

Sí es cierto que funciona cuando se aplica a los trabajos que significan adelanto en el programa de la

[civilización, como por ejemplo: el establecimiento de una gran red ferroviaria, la construcción de un rascacielos o de un superestadio. Pero a la poesía, ¡por favor!

Cuanto menos trabajo cuesta, mejor.

Colmado por mí mismo

—¡Estoy demasiado colmado por mi propia persona como para pensar en ocuparme de otras cosas que no sean yo mismo!

—De acuerdo, pero hay en ti bastantes otras cosas.

—¡Si lo sabré yo! Demasiadas cosas donde me reconozco lo suficiente para no concluir en que todas tratan acerca de mí mismo.

¡Por favor, alcánzame ese espejo!

Las palabras no conocen el estado sólido

La dureza no es un estado propio de la voz, y sin [embargo
la gente pide que se hable más duro, más duro.
También es inoportuno el concepto
de fortaleza, como cuando alguien
me ordena que hable más fuerte, más fuerte.
En general lo que quieren decir con esto es que hable
más alto. ¿Pero quién puede elevar tanto su voz
para volverla reconocible en medio del bullicio
ensordecedor que hacen los que compiten
por hablar más duro y más fuerte? Lo mismo
sucede con el estado sólido. ¿Juicios sólidos?
Yo prefiero que sean líquidos.

Los juicios sólidos son más difíciles de tragar.

Soy invisible

A veces salgo a la calle y me pongo a dar gritos:
«Soy invisible». La gente se me queda mirando,
El tráfico se paraliza. Todos me señalan con el dedo:
«Está loco, cómo puede creerse
semejante desafuero».
—Sí —les respondo—: soy invisible. Lo que ustedes
están viendo es mi voz.
Que se vayan acostumbrando. Que sepan que soy
el Verbo. Y continúo gritando, en medio de la calle:
«Soy invisible, soy invisible».

Tocas madera

Tocas madera debajo de la mesa y tus dedos,
sin quererlo rozan una pelambre fina.

—Debe ser la piel del diablo —dices.

Para comprobarlo bajas la cabeza hasta el reverso
de la tabla y palpas el sitio donde
tus dedos acaban de posar su grima

—Sí, es el demonio —y acaricias su lomo terso.

El último de la partida

a Blas Perozo Naveda

Si es auténtico, si mantiene con entereza sus convicciones ante la sociedad y, sobre todo, frente a sí mismo, si se niega a dejar de ser él, es el último de la partida. Una especie de *rightfield* de la cultura. No importa que sea zurdo, diestro o ambidextro, en el terreno donde las circunstancias lo ponen, para allí sólo va de vez en cuando un elevado o un mal rebote, que él por incompetencia deja pasar, encandilado como está, según piensa, por el sol de sus reflexiones. Entretanto, puede darse el lujo, en pleno juego, de sacar una libreta y garabatear allí unas anotaciones y hasta un malhadado poema. Nada de lo que en su posición haga es decisivo ni tiene importancia para el juego. Sencillamente, él está [allí por una suerte de deferencia que consiste en que a alguien debe confiarse la misión de tapar un hueco.

He aquí su espíritu de competencia derramado materialmente, como su sombra, por el suelo.

Dolores de cabeza

Lo que la gente mejor conoce son sus problemas.
Los llevan consigo a todas partes, en sus bolsillos,
en sus cuadernos, en sus mentes, en sus maletines.
Sabén describirlos tan bien que con ellos
ganan indulgencia para su retórica.
Los engordan como si se tratara de sus mascotas,
felices de esclavizarse a ellos
y hasta defienden el orden prioritario,
de mayor a menor, que los problemas ocupan
en la agenda de sus preocupaciones cotidianas.
Si se les preguntara por ellos, responderían,
frunciendo el ceño: —Okey, están bien, gracias a Dios.
¿Y qué hay de los suyos?

Por la noche cuando regresan a sus casas
y se van a la cama, cansados
de verlos orbitar alrededor de sus mentes
se despiden de sus problemas.
Sería el colmo que también se acostaran con ellos.
Aunque haya quienes piensan lo contrario.

(Inédito)

El tiempo patas arriba

Contrariando los cálculos de la estación meteorológica,
el tiempo amaneció esta mañana envuelto
por la gris capa de una insidiosa lluvia:
tupida red que en su canto de sirena
con su envoltura color pizarra
cubría muros, rostros, cristalerías, fachadas.
Ah, que esto ocurra una mañana de marzo
en que juraba yo que estábamos
en plena estación seca y en verano,
cuando de súbito un insólito chubasco
vino a mofarse de la seguridad
que mi mente había puesto
en la continencia de las estaciones.

Como un loco salgo a la calle, pistola en mano:
—¡Maldita lluvia, puta infame,
has arruinado mi idea del tiempo!

El gusto por lo fragmentario

Lo peor que le puede ocurrir al gusto por lo fragmentario es que, para definirlo, alguien desde la cabina prorrumpe en gritos para anunciarnos la explosión en pleno vuelo del jet en donde volamos.

—Por favor, respondo, no quiero sacar de mi condición de transeúnte de la escritura una zambullida en traje de buzo al fondo de los paraísos de aluminio chamuscado. A mí que me dejen en tierra. aunque sea a ras de los cementerios.

No puedo dejar de salir disparado en fragmentos desde todo lo que me empuja a ser un trozo de ellos.

Y en primer lugar desde las palabras.

El que prueba suerte consigo

Si alzas la voz, si apuntas con el dedo en ti mismo
al que han llamado por tu nombre,
vilipendiado, tildado,
elevado al pedestal y bajado,
te delatas y te expones a que digan de ti:
—Sí, ese es el que buscábamos,
el ingrato, el entrometido,
el que quiere hacerse saber,
el notorio a falta de él,
el que se hace pasar por sí mismo,
el que prueba suerte consigo.

Eróticos sí, subversivos no

Tratas de convencerme de que la poesía es resistencia:
«Toda la poesía junta —dices— equivale a un

[movimiento

de resistencia armada». Y es como
si me viera yo pontificando sobre el mismo asunto
en los años sesenta, cuando palabras y bombas
andaban juntas tomadas de las manos.

Ya no te presto atención. Tu tesis por lo demás
es obsoleta y retórica como la utopía de un mundo mejor
que nos prometía en noches de farra el discurso
armado en los bares. Ya no creo en cuentos de camino.

De regreso a casa, en mi automóvil
pienso más bien en lo que estoy viendo.

Pienso en lo que en este momento me ofrece
otro tipo de resistencia armada:

el cuerpo de esa bella muchacha
renuente a permanecer enmarcada por mis ojos
cuando vigilándola desde la ventanilla

para escapar de mi asedio

la miro cruzar a toda prisa, rápida, rápida la calle.

Lalo

Ya estoy aquí.
Y no crean que he andado mucho.
Dos cuadras cuando más.
Pocas para un trecho tan largo, es cierto.
Pero para mí dos o tres cuadras
bastan. Con que
haya llegado hasta aquí
es suficiente.
Valga el consuelo.
Otros con mayor ambición
y más dispuestos que yo
anduvieron menos.
Y ahora, ay, están muertos.
Peor para ellos que no pudieron
decir de mí lo que, en cambio,
yo sí puedo decir de ellos:
Lalo estuvo aquí.

Pequeño sismo

Hace cuarenta años un pequeño sismo llamado El Techo de la Ballena sacudió los modales de nuestra ciudad. No se trató, por decir lo menos, de un acontecimiento cuyo éxito en remover escombros hubiera sido completo. Tampoco fue una escuela, un estilo literario, una moda pasajera, un partido político, ni mucho menos una onda explosiva de cuya potencia material hubiese quedado constancia en la cantidad de pavor sembrado en torno para acabar de una vez por todas con el sistema.

Y hasta sospecho que en la jerarquía de los asuntos públicos dignos de ser recordados por la historia careció en absoluto de importancia o interés nacional, puesto que su significación no estuvo en su utilidad pública ni en la función que cumplió o en el aporte dado al país posmoderno merced a los irreverentes gestos que para ganar prestigio, títulos, recompensas y honores civiles o militares, hubiera podido asumir en beneficio propio cada uno de los tripulantes embarcados en esa rápida y mal vista expedición con la que jocosamente se pretendió parodiar la desfachatada aventura del capitán Achab. No. En este sentido nada sucedió digno de pasar a la historia, ser grabado en letras de molde en el debe y haber de la posteridad, en piedra, arcilla, himno, estatua, medalla o efeméride. Porque el valor del Techo no puede medirse en ganancias y pérdidas ni por el rótulo de

obras maestras armadas a su paso de pequeño huracán en los cementerios de chatarra del sistema.

Hablando de grandeza, la historia es poco dada a repetirse y menos cuando furor y destrucción se revelaron en actos políticos y en gestos iracundos más bien de un modo hipotéticamente potencial como conviene a lo que sólo está permitido a la cólera de la imaginación y a despecho de que todo lo que se hizo y todo lo que se dijo en El Techo de la Ballena quedó muy por debajo de lo real.

La duda

Mientras más duda más se dibuja
en su rostro un gran signo de interrogación.
No es el peor de los casos.
Pues hay quien se rebela y lleva
en vez de rostro un artefacto.
Como si dijera: «¿Bueno, os asustais?
¿Por qué no puedo en lugar de signo
llevar yo una máscara?»
Aunque no es menester que se la ponga.
Ya la lleva puesta. Tampoco necesitará
quitársela para que sepamos que es él.
Todo lo que bajo estas condiciones
pudiera ocultarle lo vuelve más transparente.

Y a su máscara también.

Una larga fila de automóviles

Muy temprano en la mañana me levanto
y veo, asomado a mi ventana,
una larga fila de automóviles
que lenta y machaconamente, a empujones,
marcha allá abajo, en la avenida
como esos arreos de asnos
que en la bruma de los días lejanos
de mi remota aldea, ay, yo recuerdo.
Empero, ningún signo de vida
descubro en ellos como no sea el humo negro
que sale por sus traseros.

¡Ah infancia, vuelvo a encontrarte
en el infierno urbano
y yo solo lo supe ahora
al asomarme a mi ventana!

Miren a mis asnos, qué relucientes, puros espejos.
Y, además, importados y de último modelo.
¡Asómense a verlos!

Bajo cicatrices y disfraces

Así como antes te detenía un río crecido
hoy te detiene un accidente de tránsito,
el silbato del vigilante, una calle ciega,

una orden que tú no entiendes
aunque te la dijeran al oído.
Antes las cabalgaduras desfallecían

y rodaban deshechas por el barranco.
Pero nada te impedía llegar a casa
aunque tardaras siglos como Ulises.

Hoy te lo impide una señal de muerte
que encuentras en todas partes
pues como marca la llevas contigo

impresa siempre en tu cuerpo
bajo cicatrices y disfraces, por fuera
y por dentro. Y sin que lo sepas.

Si yo ladrara

Si yo ladrara, no lo haría en rebaño
ni por una causa perdida
como correr detrás de una putica perra
en medio del maratón de perros.

Si yo ladrara, me gustaría
que mi ladrido se comportara decentemente
y que no desentonara igual
que lo hace el alarido que una perra pega

cuando es montada por un perro. Si yo ladrara,
no lo haría en plena calle, delante del público,
para que se viera que no estoy
interesado en volverme centro de la atención
cuando en realidad es eso
justamente lo que quiero.

El viaje

a Allen Ginsberg, in memoriam

Estoy jodido cuando me cruzo de brazos
y paralizado en la horma de mis zapatos
vigilo sin atreverme a cruzar la calle
para tomar caminos que me dispersen
o que, ay, no me conduzcan a nada.

Estoy jodido cuando me cruzo de brazos.
Y mi mente aturdida frenando mi impulso
no me ordena avanzar un solo paso
para salir lo más pronto del asunto
que me tiene jodido cuando me cruzo de brazos.

Y si avanzo un trecho es solo en falso
temeroso de que el mundo pueda venirse abajo
antes de que llegue yo al sitio elegido,
a la plaza donde al amanecer
la gente desnuda baila y canta
y donde el paraíso aún no se ha perdido.

Y la acción y los minutos
y el inatrapable amor en su atolladero pasan
desprendidos del tiempo que los arroja
lejos del sitio desde donde,
dentro de la cárcel de mi viejo cuerpo vigilo,
jodido porque no hago más que cruzarme de brazos.

Allá abajo en la calle irresponsablemente hociquea
el mentón del tráfico.
Y brota en el friso maltrecho el croquis de las lluvias.
El árbol sin fronda viéndose en el vidrio
jamás trazará en el mapa de mi ventana
el rumbo que al insomne llevaría al país de la magia,
si como yo, cruzándose de brazos,
no estuviera para siempre jodido.

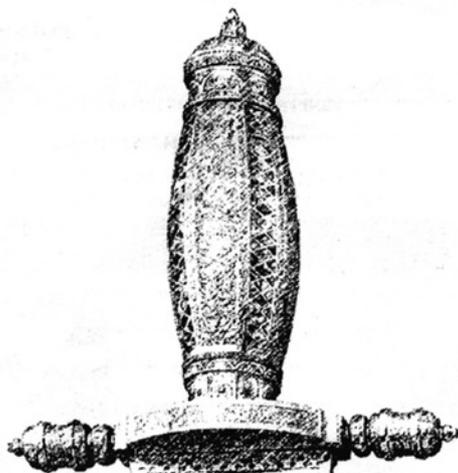
La muerte del poeta

El que se apega a la vida no le habla a las causas sino a los efectos. Y expresa naturalmente con esto una sumisión tan optimista al presente que no tarda en manifestar un exceso de confianza en su arrojo y en la salud de sus fuerzas similar al asombro del que, cuando va manejando por el hombrillo, se encuentra con que viene en dirección contraria, por el mismo carril, una gandola sin frenos.

Y este sería otro caso de espontaneísmo mágico del que nadie nos había informado.

El caos íntimamente necesario

Hay dentro mí un estado de cosas que propicia
el caos. Llámese guerra civil, esquizofrenia,
vértigo, violencia giratoria,
lo cierto es que busco en vano darle
un nombre para atribuir su razón de ser
a una causa extraña a mi persona.
Ya sé que el impulso loco de este desorden
no podrá ser explicado por el sentimiento
más o menos catastrófico
que en su interior pueda encerrar un vocablo
cuyo significado corresponda al estado
que me embarga.
Y ante la dificultad de encontrarlo, agarro un arma



Puñal

Me hacen culpable como si yo
hubiera elegido ser el que
soy y como si por haber
elegido ser el que soy
fuera culpable de haber
hecho lo que he hecho.
Pretenden ignorar que
todo esto fue desde
un comienzo una
coartada
de la
provi
den
cia

(Inédito)

Epitafio

En mi entierro iba yo hablando mal de mí mismo
y me moría de la risa.

Enumeraba con los dedos de las manos
cada uno de mis defectos

y hasta me permití delante de la gente
sacar a relucir algunos de mis vicios
como si me confesara en voz alta
y en la vía pública.

Comprendo que esto no es usual en un entierro
ni signo de buen comportamiento.

Un ciudadano cabal, aun estando muerto

—cuando es él el centro de la atención—
debe guardar las apariencias
y cuidar de no exponerse al ridículo.

IV
Manual para inconformistas

Epigrama

Su vida entera
fue un epigrama
pues llevó a buen término
la ocurrencia más feliz
que jamás tuvo:
Se murió.
G. CH. LICHTENBERG
(1742-1799)

1. ECOLOGÍA DE BOLSILLO

Hacíamos la revolución

A medida que las palabras gotean
desde la espumeante cerveza
con más encendido ardor y con fe más vehemente
el discurso teje de boca a boca
un fuego incendiario que a esta ciudad
más rápido que a Roma volvería cenizas
si lo que estos hombres hablan en el bar
ay, no fuera tan necio.

El oro del país

Este país se resiste a morir.

—¿Y cómo hacer para que muera?

—Tuérzale el cuello.

—¿Y si aún así resistiera?

—Entonces ábrale las venas.

He allí las dos cosas que se pueden hacer
para salvar a mí país.

La crisis

Dios dispuso de bastante tiempo
para constatar que mi país estaba torcido
y, pese a todo, no pudo enderezarlo
o no se molestó en hacerlo
cuando hubiera podido,
quizás convencido de que era ya tarde
y dejó que siguiera como estaba.
Ahora es difícil hacer algo.
Dios también está torcido
y aquí nadie cree en milagros.

Andamio sin alas

«Agárrate de la brocha y dame la escalera».
Eso me dijeron que hiciera durante toda mi vida
y junto con decirlo pasaban a la demostración.
¿Y cómo hubiera podido darles la escalera
estando yo subido a un andamio
en un último piso?
Por eso mis caídas fueron fatales
pues ni siquiera tuve tiempo
de pintar unas alas
para, cual Ícaro, agarrarme de ellas.

Despegue

Desde la terraza del aeropuerto
veo a este avión enorme rodar hacia la cabecera
de la pista. Su lenta y programada marcha
de gran insecto que con fría majestad
arrastra sus alas gigantescas
y su trepidante tabaco que inclinado
sobre los testículos de sus dos ruedas traseras
semeja un miembro en erección
listo para abrir la herida del infinito.

Su arrechera el sujeto la paga con las cosas

—Tu odio a la ciudad se debe a que haces de ella el espejo donde te miras.

—No. Fíjate en lo que pienso de la puta ciudad: es un [lago
donde estamos obligados a andar con la mierda al cuello.
Es la ciudad la que me odia por opinar de ella
de ese modo. ¡La ciudad no ha hecho por mí nada
que pueda moverme a declarar que soy su hijo!

Y le da una patada a la mesa.

Mecánica de cuerpos

Tratar de cambiarle el carácter a una persona es como intentar poner en marcha un automóvil con el motor fundido.

A la inversa, cambiándole el motor a la persona —si es que estuviera fundido— podríamos ponerla en marcha, pero no le cambiaríamos el carácter.

Y es porque las condiciones siempre están dadas para que no se espere de ellas un milagro.

Días Irae

—Vivimos en circunstancias muy jodidas —dijo uno de los damnificados.

—Jodidas no están las circunstancias —respondió el que le seguía, de pie, en la fila—. Jodidos estamos nosotros.

Mis(ilis)tica

La misilística es una nueva versión de la mística.
Ambas son armas explosivas de la fe.
De la fe en que devastando puede crearse un orden nuevo,
así sea un desierto. De súbito, ilustran
de modo muy palpable los vestigios del porvenir.

Listos para enloquecer

Debemos estar siempre listos para enloquecer.
Eso garantiza que la locura no nos coja
por sorpresa. Ni se convierta en decepción
para todos los que no esperaban de ti una cordura
larga y bien remunerada.
Y a tiempo completo.

Cuando estás cazando caribús debes pensar como un caribú

Cuando estés escribiendo, obsérvate como si fueras la escritura, lápiz en mano, apuntando hacia el centro de ti, rayándote el alma.

Para que no vayas a decir, más adelante:
«Desde hace tiempo sé que el porvenir me dejó atrás. Pero también sé que el destino no fue a ninguna parte».

La condecoración

Esta vez me presentaré como me dé la gana.
Con aire desenfadado subiré las gradas.
Se me ocurre que descalzo
o con botas como las que usan los jardineros:
desnudo de la cintura para abajo
avanzaré, avanzaré entre las filas de invitados
mostrando a todos los presentes,
con perdón de la palabra,
¡ah, las bolas, las santas bolas!
en el sitio donde están.
Y me presentaré con esa facha
en el preciso instante de ser llamado
para recibir del señor Presidente
—el porte erguido y la cabeza en alto—
la condecoración.

El espacio caníbal

En esta ciudad ya no cabe más gente.
Por poco las plazas como globos revientan.
La ciudad como si fuera un difunto va en hombros
de sus gentes.
En la calle ya ni la calle misma entra.
Ni un alma más cabe en los medios de transporte.
Los matarifes y asesinos están de pláceme
pues la verdad y la mentira están
hasta el tope viendo que de ellas todos hacen sopa.
Para ti también la medida está colmada.
Pobre de ti, ay, que sientes que tu vida
no es como una suma sino como una resta.
Y después que no me digan que no vivimos en crisis.

Una asamblea en el cuarto

¡Qué difícil es entenderse con los zapatos!
Dirigiéndose a ellos, uno cree que le habla a la especie.
Que dice un discurso brillante
en el baño, en el patio, en la escalera
en cualquier parte.
Uno se emociona, beligeramente, trastabilla, se exalta,
cae en provocaciones políticas.
Imagina que se ha reunido
una asamblea en el cuarto.

—Y eso te pasa porque siempre
llegas a casa borracho.

Donde me defino

Decididamente
soy un personaje tramposo.
Un sujeto que a todas manos hace trampa
que ha ensayado toda clase de trampas
que ha pasado toda su vida haciendo trampas
y que ahora mismo hace la peor de las trampas:
intenta vivir.

Mi país metido en un bolsillo

Por fin, cuando después de tanto esperar,
de tantos sinsabores y amarguras,
de tantas ocasiones malgastadas
de tanto errar por su geografía
tuve la suerte de poder meterme a mi país
en un bolsillo, traté de asirlo con fuerza
pero se arrugó entre mis dedos

.

Para que no acabe con la fiesta

Vuelve mañana, realidad

F. PESSOA

Este aplazamiento se le pide a diario
a la realidad, como si se tratara de un cobrador.
Casi se desea que no vuelva más,
ni mañana ni cualquier otro día.
Para que no acabe con la fiesta.

Ya lo sabíamos

Baudelaire tenía en común con nuestra época su convencimiento de que el infierno quedaba en la gran ciudad. Y no en otra parte. Él hubiera podido decir con nosotros, elevando plegarias a Satán: «Es en la ciudad donde quiero tener un alma. No en el cielo».

Doble juego

Imagina tú que lo que explotara fuese el televisor donde estás viendo el juego y no el estadio donde fue accionada la bomba de tiempo justamente en el momento más reñido del encuentro.

Imagina tú que la tragedia estuviera ocurriéndoles solo a los que la presencian y no a los protagonistas de la acción. Sería como un partido de fútbol en el cual los espectadores se vieran obligados a presenciar desde la cancha de juego a los jugadores que se caen a patadas en las tribunas.

El orador²

El público de su discurso fue él mismo.
Nos habló de lo lindo y se escuchó a él
mismo hablando de lo mejor. No pregunten por lo que
[dijo.

No tiene importancia. Lo bueno era que cuando
hablaba se iba mirando en el espejo de lo que a sí mismo
se iba diciendo mientras se oía oyéndose decir.

II

Cuanto dice el orador gravita alrededor de la forma
que sus palabras adquieren cuando son visualizadas
en bloque sobre la tarima desde donde,
agitando brazos y piernas,
se dirige a la multitud.

Pero su discurso no es ajeno por entero a la saliva
con que su lengua impregna el orden de las palabras,
como si su boca albergara de pronto
el húmedo badajo de una campana.

¿No puede colegirse de lo dicho que la realidad
de sus palabras es salivaría y no silabaria?

2 N. del E.: Este poema está originalmente recogido en *Minimales* (Monte Ávila Editores, Caracas, 1993) en forma de prosa y consta solo de la segunda parte.

Borrarme

Borrarme, tal es lo que ustedes quieren hacer conmigo. Es la manera que ustedes encuentran de ser libres respecto de mí. Pero no me conocerán. Apenas llegarán a saber que soy borrable y que lo han hecho. Y lo comprueban diciendo: «Vaya, nos hemos librado de él. Lo hemos borrado. Era todo lo que podíamos hacer para conocerlo. Pero necesitábamos comprobarlo».

El origen

Tengo que suministrarme un origen. Un origen que no sea aquel del cual provengo y al que aspiro. Ni siquiera el que merezco. Un origen que como el futuro esté adelante, silencioso y desconocido. Un origen no consagrado por las leyes ni condicionado por los dioses. Un origen que no mire hacia atrás. Que no sea la fachada de un templo ni un agujero negro. Un origen que me garantice que por fin admito que he llegado a ser lo que soy.

Sheraton, 16.12.1999 p.m.

—Querido, va a comenzar el nuevo milenio, ¿qué has oído acerca de él?

—Del nuevo milenio estoy bien informado.
De lo que no había oído es de esa ola de nueve metros que se nos viene encima.

El alud

La piedra oye la voz de la creciente: —Apártate —le dice.
Pero la piedra no se aparta.
Se queda donde mismo para oír el rugido del alud.
Y le responde a la creciente: —Tonta, ¿sobre qué
suelo firme crees que vas a construir las tumbas?

El ojo del delito nos ilumina

Todos llevamos por dentro el delito.
Algunos disfrutan aplazándolo.
Otros aguardan a que madure
la idea de cómo perpetrarlo
y salir ilesos del intento.
Otros meditan a diario sobre la suerte
que correrían de ser descubiertos.
Y otros piensan que el éxito en el ensayo
haría de ellos seres excepcionales.
La mayoría sin embargo sabe de sobra
que no haberlo cometido es la causa
por la que no duermen tranquilos.

La ilusión

¡Ah, si me hubiese hecho alguna ilusión
hoy me sentiría defraudado!
Pero a la ilusión, como a un tercero,
la traté cortésmente,
sin tomarle confianza
ni rendirle pleitesía.
Jamás de tú a tú,
sino como a la bella desconocida
que, habiéndonos sido presentada un día,
nunca más vimos.

Las soluciones

Son ciertas soluciones inesperadas las que poniendo [término a una situación angustiante vienen a dar la cara por uno. Lo que hace que esas soluciones se presenten es que nos eximimos de buscarlas. Que las soluciones se aparezcan sin uno darse cuenta y cuando más el [problema nos agobiaba es lo que algunos llaman destino y otros azar objetivo y otros metedura de pata.

Debido a que las soluciones de los problemas se agotan en la pura acción de buscarlas sería aconsejable, por tanto, lograr que ellas se encuentren a sí mismas, y dejar tranquilos a los problemas.

Gracias te doy

Gracias te doy, Zeus, por haberme puesto a la intemperie.

Gracias te doy por haberme librado
de la pesada carga

Gracias te doy, Zeus, por haber colocado una montaña
donde antes había una pradera.

Gracias te doy, Zeus, por haberme permitido ver al
[mundo

desde esta gran altura.

Gracias te doy por haberme proporcionado esta gran
[piedra.

El arriero impoluto

Tengo detrás de mí a una especie de arriero.

Es decir, al Tiempo.

Él solicita de mí que apresure el paso
y me espolea sin piedad. ¿Qué le importa
que yo vaya de último atado a la recua?

Quiere que yo pase por encima de la fila
rumbo al despeñadero.

Lastre

Añoro un vagabundeo sin lastre
cuyo impulso proceda de la polea loca
desprendida a mitad de ruta
del engranaje de la máquina infernal
en pleno vuelo.

Añoro un vagabundeo sin orillas
confiado a la orden de no ir a ninguna parte
y para el cual el trazado del mapa
se reduzca al tejido roto
de una víscera disputada por los perros
a medianoche.

La quimera

—Epa, tómame —le dijo la quimera, saliéndole al paso en medio de la calle.

—Tú, tú no existes —respondió el hombre práctico.
Pero el poeta, que venía a su lado, tomó a la quimera por el talle.

Consejos de familia

Solían decirme
Con esa facha no vas a ir a ninguna parte
Vístete bien, arréglate
el nudo de la corbata
camina derecho,
domínate
¡ten compostura!
Y nada de sentarte a la mesa y sacar
un palillo de dientes antes de empezar a comer
cuando escuches permanece de pie
y cuando hables también
Con los zapatos sucios y como un mandril
con esa facha no vas a ir a ninguna parte
Ni siquiera a un burdel.

Final con revólver

Informa la Oficina de Prensa de la Policía Metropolitana que fue localizado muerto, en circunstancias extrañas, un joven de 25 años, presentando una herida de bala a la altura del femoral derecho, con orificio de salida.

A su lado, en el suelo, fue hallado un revólver de juguete

(El Universal, Caracas, 10-10-89)

2. Razones de economía poética

**Para todos los que no lo entiendan
este poema es soez**

Los poemas que uno escribe contra el sistema son soeces.

Los poemas que prohíbe la Iglesia son soeces.

Los poemas que atentan contra la moral son soeces.

Los poemas que para nombrar las partes pudendas
hacen caso omiso de las recomendaciones
de la Real Academia son soeces.

Los poemas que hablan de sexo son siempre soeces

y los que irresponsablemente

escandalizan a una dama que al oírlos

en el acto se levanta de su asiento,

protesta y se marcha, son soeces.

Igual que son soeces

todos los poemas que no se dicen con palabras

sino a coñazos.

¿Para qué la poesía?

Escribir un poema
después de todo no es tan fácil
cuando faltan el talento y la disposición de ánimo
que se tienen para otras cosas
que como tomarte de las manos
y arrojarme contigo a la cama
no son en sentido estricto un poema
pero sí llenan su función:
procurarnos goce.

Declaración en la Fiscalía³

Lo que me queda de la poesía —después de haber
[intentado
atraparla— es el deseo de buscarla.
Lo único que he aprendido es a buscarla. Pero no la he
poseído más que como necesidad de ella. Una
[necesidad
que se satisfacía en la necesidad misma y que no hacía
más que distanciarla.
Por eso la maté.

3 N. del E.: Este poema, incluido en *Principios de urbanidad* (Monte Ávila Editores, Caracas, 1997), se titula originalmente «Declaración del poeta en la Fiscalía» y consta de dos estrofas.

Argumento para abandonar la poesía

Según el gran poeta Eliot, las cualidades que distinguen a un gran poeta son la excelencia, la abundancia y la diversidad. Me explico:

Diversidad de razones para desconfiar de la poesía. Abundancia de argumentos para abandonarla.

Excelencia de los méritos que hubiera yo hecho si hubiese advertido a tiempo que perdí mi vida dedicándosela a ella.

Lápiz y papel

Hay quien empuja las ideas con la punta del lápiz, porque es de esa manera que se le aparecen. Las ideas necesitan siempre de la pulsión del lápiz para abrirse paso en la página en blanco. A otros las ideas les vienen andando por la calle, o en el baño. Vale lo mismo para quien no tiene un sanitario a la mano el que tampoco disponga en el momento preciso de lápiz y papel (higiénico).

Luto por el texto

Algunos han experimentado el sentimiento de la poesía hasta un grado tan extremo que el hecho de haberla expresado en sus vida con la misma intensidad con que hubieran deseado escribirla, los ha incapacitado y, por eso mismo, eximido de ponerla en palabras.

Pero ¿acaso la índole de la poesía no consiste en el acto de vivirla? No. Como tampoco en la acción de escribirla. Consiste en la escritura misma.

El verdadero poeta no tiene por eso existencial real.

Fin de partida

De las tragedias que a diario nos aquejan, una de las
[cosas
más positivas que pueden quedar es que alguien
se inspire en ellas para escribir un poema.
Lo malo es que, a veces, ni siquiera el poema queda.

Mala leche

Ya el poeta no es un bohemio, pero continúa siendo un sujeto peligroso.

—Es conmovedor oírle —dicen de él. Pero es mejor que esté sentado en otra mesa.

Podría contaminar a mi hija.

Y además, huele mal.

Escrito sobre la piel

Piensa en una poesía que, aun estando escrita,
no necesitara de palabras.

Y en la cual el sentido y no lo que se ha escrito
sea lo que dé la cara por el poema.

Un poema que estuviese escrito en la piel
y que yo pudiera leerlo en tu cuerpo
cuando estuvieras a mi lado
desnuda en la cama.

Roces de familia

Desposadas con nosotros, las palabras nos abrazan,
nos arrullan. Son amorosas, a veces. Sobre todo
en la cama. Otras tantas veces nos refutan.
Ponen en entredicho oír de nosotros tanta explicación.
Entra uno a discutir con ellas, látigo en mano.
Y al instante, sabiendo que la fuerza
es el mejor argumento de la razón,
sin salir de la boca, para evitar más roces,
se esfuman.

Cohete a contrapelo

La tragedia del poeta consiste en que estuvo siempre demasiado consciente de sí. Una excesiva conciencia de sí es pura subjetividad. Baudelaire lo dice de este modo:
«Joder es entrar uno en el otro.
Pero el poeta jamás sale de sí».

El cadáver

Todo poeta actúa convencido de
que morirá primero que su obra.
Por eso se esmera tanto en maquillarla.
La trata como si ya vislumbrara en ella
a su propio cadáver, intacto y puro.

Defensa de la poesía

Poeta, al fin y al cabo tu importancia radica en ella misma.
¿Por qué te preocupa tanto que no la hayan reconocido?

—Que no hayan reconocido mi importancia está bien.
Pero que además no se la hayan reconocido a mi obra
¡Eso sí es el colmo!
Y saca el revólver.

Lector de poesía

¿Qué clase de individuo es este que en mucho tiempo
no ha leído un poema y que a lo mejor ni siquiera
a lo largo de toda su vida
ha leído un poema?
Y que no cree que leer un poema tenga importancia
ni mucho menos resulte decisivo
para influir en el curso de los acontecimientos
de una vida que también hubiera continuado vacía
así hubiese leído todos los poemas.

Que el detonante sea la palabra

—Que el detonante sea la palabra y la forma
la pistola. El sentido debe disparar.

—Desengáñate. Bien entendido, el terrorismo
en poesía no hace más daño que
una explosión de palabras.

Sobre los tipos de poesía

Hay un tipo de poesía que entra por los ojos.
Y otro tipo de poesía que puede ser
leído por los oídos.
Así como hay otro tipo de poesía
que no entra por ninguna parte.
Y otro tipo de poesía que en vez
de entrar por los oídos se escapa por éstos.

La economía de mercado como solución para la poesía en esta época de crisis

Como los productos muy competidos,
si quieren tener éxito, los poetas
están obligados en esta época
de crisis a entrar en la economía de mercado.
Deben buscar nuevos envases,
otras etiquetas, nuevos formatos
y avispados gestores.
Se les recomienda, por tanto,
contratar los oficios de una agencia publicitaria
en la cual delegar el trabajo de los grupos literarios.

¿Dónde está la poesía?

Los surrealistas pensaban que la poesía está en los sueños. Los poetas metafísicos, para llevarles la contraria, opinaban que la poesía está en la religión.

Y hay los que nos remiten a lo absoluto como convicción indiscutible y única según la cual más allá de lo absoluto se cierran las puertas de la percepción.

Y hay los que, más asépticos, declarándose defensores del idioma y las buenas costumbres, sostienen que la poesía está en las palabras.

La mayoría, sin embargo, piensa, ay, que no está en ninguna parte.

Manifiesto

La poesía urbana es un mito. Me niego a reconocer el aspecto religioso que se le atribuye cuando la confunden con un templo.

Para mí la poesía urbana es precaria, raquítica, terca.

No da para componer con ella tres versos.

Es seca y dura de roer como hueso de rata y no voy a matarme la cabeza pensando en ella

como si fuera mi amor eterno

cuando de sobra sé que yo solo he sido

una más de sus tantas víctimas.

Mi obra puesta en el banquillo de los acusados

Mi obra (si pudiera considerarse poesía)
puede entenderse en última instancia
como un ejercicio de emborronamiento reactivo.
Y no porque me empeñe en borrarla
una vez que la escribo, buscando proporcionarle
con esto patente de invisibilidad, sino porque al
reescribir lo ya escrito
me he dado cuenta de que lo que
he hecho con ella
es engendrar un nuevo borrón.

De lo nuevo en poesía

La naturaleza sabe proveer algunas ideas cuya
[originalidad
da la impresión de proceder de nosotros solo por
el hecho de que somos capaces de descubrirlas en ella.
Y a eso se reduce lo nuevo.

Todos los que han muerto

Todos los que han muerto, murieron por mí.
Todos los que mueren, mueren por mí.
Si no murieran por mí, yo no estaría vivo
ni estuviera yo llenando por ellos
el lugar que dejaron vacío para mí.
Ni estaría yo ocupado
de escribir en este momento
el poema con que termino.

3. Sondeos de altitud

La visitación según Fra Angelico

Cuando despertó supo que el ángel la había visitado por el reguero de plumas que dejó en la cama.

Sondeos de altitud

Que los dos senos bien formados tengan el mismo
[volumen
y empujen desde la base para alcanzar la misma altura,
como dos cumbres, es lo que se llama igualdad de
[oportunidades.

La página

La página me dice: «Basta ya. Deja de mirarme.
[Comienza».

Y escribo este poema
dedicado a mi libreta:
A veces la descarada página
es tan insinuante que se abre en dos
como si llevara piernas. Y me dice
«Cógeme, pero con la punta del lápiz».

Refranes

A lo hecho, pecho
A los pechos, lecho

Díganme cómo

—Escribe, y pronto, antes de que te cojan la idea.
—¿Y cómo se puede *coger* a una idea? Si lo saben,
por favor, díganmelo.
Y por dónde y por cuánto. Y en qué posición.

Serrallo

La tienda bajo la cual descansan las mujeres está
[sostenida
por falos. Pero si un hombre quiere entrar,
debe hacerlo por una vagina,
la misma puerta por donde sale.

¿Qué hacer con la realidad?

¿Se puede escribir la realidad?

¿Se puede rayarla?

¿Se puede hacer el amor con ella y no solo sentir que la tenemos al lado en la cama, encima o debajo?

¿Se puede acaso materializarla al punto de que deje de ser una puta palabra para ponerla en su sitio sin tener que mentarle la madre?

Terraza del Hilton

Una turista blanca diciéndose:
«El sol hace aquí más daño que una herida de bala»
mientras, quitándose la bata,
se dispone a tomar un baño de sol.

Zeus jamás hubiera raptado a Europa si la hubiese
encontrado vestida en una playa.
Pues sin licencia de ella para desnudarla
el dios desde el Olimpo
no hubiera movido un dedo.
En cambio, ay, este sol de la terraza,
este sol en medio de su lujuria
no espera de ella permiso para penetrarla
Con la furia de todos sus rayos.

—¡Coño! Voy a dejar que el sol me coja.

Motel

¿De qué paisaje pretendes decir que hemos venido
a disfrutar en esta ciudad de provincia,
encerrados en un cuarto de hotel donde el ronroneo
del aparato de aire acondicionado
nos deja sin habla
y se traga una a una nuestras frases?
¿Qué paisaje acaricias con tu imaginación
en este cuarto de hotel con vista a una cortina corrida
detrás de la cual hay otros cuartos
donde otros cuerpos desnudos como los nuestros
miran hacia otras cortinas corridas un paisaje mental?

Preguntas tipo C

Quiero saber si hacer el sexo es trascendental.

Quiero saber en qué momento hacer el sexo
es bueno o malo.

Si hace daño a la salud o si se agota en la obscenidad
de una mirada entornada dirigida al techo.

Quiero saber si cabalgar los sexos
nos vuelve más místicos o más feroces.

Quiero saber si hay más placer en el sexo
por el hecho de que lo hagamos
en una cabina telefónica
o de pie en la sacristía
a la luz de una lamparita de aceite.

Ornitología al alcance del uso

Estamos de acuerdo en que
el sexo como el verbo tiene varios usos:
pero también procrea
y con él se disfruta.
Con el verbo igual te prostituyes,
engendras, tienes hijos y negocios,
conservas la calma y te llega la ira
conoces el éxtasis
y matas.

Economía del heroísmo

Entendiendo el patriotismo como una fórmula de hacer el amor, se torna evidente que, por defecto y no por exceso en la aplicación de esta máxima, es posible ahorrarle muchos malos hijos a la patria.

Poema

El mutismo no es la única lengua de la turbación que
[paga
en cuotas el recibo de tus piernas abiertas por una noche
en un cuarto de hotel. Tu infortunio, me decías, no es
un problema de información,
es la información misma.

Las damiselas de Avignon

Un maniquí finge ser lámpara
otra se imagina en el cuerpo de una estrella
y la tercera echa de menos su papel
por creer que en otro tiempo fue una diva.
La cuarta no alcanza a ser marioneta.
Y la quinta por correr detrás de Picasso
perdió los estribos.

Mantis

Llevan un arma entre las piernas
y si uno se les aproxima, abrigando incluso
la mejor intención,
enseguida piensan que es por un motivo
del que pueden sacar provecho
con esa arma. Y por eso mismo
creen estar en la posición más ventajosa
que para negociar
les proporciona saber
que disponen del poder del sexo.

Autorretrato visto por el ojo de la cerradura

Mírame, soy feo, casi repugnante ante mis propios ojos.
Mis piernas torcidas, cortas y algo peludas,
no me animarían mucho a contemplarlas
si las viera articuladas al cuerpo de una infeliz mujer.
A tal punto ha llegado mi desazón pensando en esto
que a veces, viéndome en el espejo,
me pregunto: ¿qué pasaría si las mujeres comenzaran
a interesarse en los hombres por la belleza de sus
[miembros inferiores,
tal como hacen los caballeros
cuando tienen a la vista las piernas bien formadas
de un bello ejemplar del sexo opuesto?

V
Protofixiones

Él sabía que todas las batallas donde se pone en juego el resto son a muerte, incluso las que no se libran. Pero si le había sido dado escoger entre la lucha corporal y el armisticio, ¿cómo no pensó que hubiera podido al menos elegir el lugar del combate?

El monumento

Antes formé parte de un grupo monumental. Coronaba la cúspide junto al fornido cuerpo de un guerrero, debajo de cuya lanza hacía yo las veces de un soldado herido, a punto de recibir la muerte. Me di cuenta de que no soñaba cuando, decidido a separarme del bloque tallado en granito, descendí de éste y, ya en el suelo, mirando hacia arriba, constaté que ya no estaba en él.

Marioneta

En ninguna circunstancia pueden reprocharme el hecho de no estar listo. Estar listo es un estadio remoto o una orden urgente que no me exime de la inmediatez de una respuesta que consiste en mí mismo.

La preparación para la acción de estar listo es mi tarea diaria y la cumplo porque sé que, aunque nadie me pida cuentas, necesito decir presente en la jugada con que muevo cada una de las fichas del tablero de mi cuerpo.

El forastero

Que se diga del poeta, respecto a su tiempo, que no fue un exiliado y ni siquiera un *outsider*, sino más bien un forastero. Un intruso venido de lejos, que no portaba documentación y quien, a duras penas, por fin, pudo encontrar una plaza. Pero una plaza sin baluartes, indefendible, rápidamente tomada por las huestes que la tenían bajo asedio. Y a la cual, naturalmente, pese a todas sus estrategias, no se le permitió acceso, ni siquiera cuando le vieron agitar sus brazos en señal de rendirse. Ni cuando le oyeron decir:

«Me bastaría poder existir cerca de mí, me bastaría poder consignar el lugar donde me encuentro como otro lugar».

La lógica del vencedor

No hay nadie que diga «¿Cómo haré para quitármelo de abajo?». ¿Se ha oído esto alguna vez de un boxeador implacable? ¿O del machista ocupado en azotar a su madre? ¿O de la mandíbula del pez respecto al que se ahoga? Con el triunfador de nuestras letras, el Balzac que mira de arriba abajo a sus congéneres, pasa otro tanto. Nunca cree que ha triunfado lo suficiente hasta que siente que ha dejado a sus rivales con la lengua afuera.

Asalto final

Es imposible que pueda él tener éxito en la defensa de sí mismo si solo contara con sus propias fuerzas. Si un contingente venido en auxilio desde las inmediaciones no fuera capaz de advertir que con mayor encarnizamiento que los que están afuera combaten los enemigos que, listos para el asalto final, han ocupado posiciones dentro de él.

El sueño de la escritura

En la mitad de mi sueño llegué a pensar que la tinta empleada para escribir era sangre. Pero lo escrito resultaba en el sueño demasiado borroso, no ya para describirlo, sino para saber si estaba escrito con sangre.

En realidad, la punción de la pluma en mi piel era la herida que abría en la página en blanco. En realidad, la punción de la pluma en la página en blanco era la herida que me abría en la piel.

El moribundo

—No creo que este sea el mejor momento para quejarme —dijo el moribundo, haciéndome notar, con un leve movimiento de cejas, que su cuerpo se había encogido desproporcionadamente hasta casi borrararse sobre la sábana.

—La ventaja de desaparecer —añadió enseguida— es que con la desaparición material, y en este caso también espiritual, desaparece toda queja. Ya lo habrás notado: mi voz es ahora tan imperceptible que solo por condescendencia alguien admitiría que la ha oído. ¿A quién, después de haberla visto describir una parábola en el aire, se le podría ocurrir que alguna vez habitó un cuerpo?

Todo volverá a su sitio

Yo no podía dormir pensando en mi joroba. Confesaré que a falta de otros bienes, estaba en la obligación de cargarla conmigo por todas partes y, como si fuera poco, de amarla. ¡Buena tajada que yo llevaba con más decoro que mis antecesores! Y hasta me permitía declarar mi mal gusto haciendo chistes a costa de ella. Finalmente, fastidiado, un buen día me dije: «Al diablo con tantas contemplaciones. No te hagas la vista gorda, ponla en su puesto, vive».

Entonces me di a la tarea de disimularla con el fin de anular, hasta donde me fuera posible, su fuerza de crecimiento. Permanecía recto en la última vértebra todas las veces que iba yo por la calle, y aún más en aquellas ocasiones en que, estando frente al espejo, adquiría una conciencia exagerada de mi joroba, como si ésta fuese un miembro más de mi familia. «Es asunto de educación», oía en mí mismo una voz que me aconsejaba. Pero entendía enseguida que a quien debía educarse era a mi joroba, porque ¿qué más educación de mi parte que la consideración que a diario le prodigaba?

—Puede ser que se trate de una falla coyuntural —admitía yo al cabo rato de volver una y otra vez sobre aquel enojoso asunto.

—Espera un poco a que ella madure. Te abandonará cuando haya crecido lo suficiente para sentirse autónoma. Cuando compruebe que los defectos son excesos de la vida.

La derrota

Siempre está listo para librar la batalla en otra parte, no en él mismo. En definitiva, en el terreno más conveniente a las tácticas del otro, y hasta si se quiere en el campo elegido por éste. Él sabía que todas las batallas donde se pone en juego el resto son a muerte, incluso las que no se libran. Pero si le había sido dado escoger entre la lucha corporal y el armisticio, ¿cómo no pensó que hubiera podido al menos elegir el lugar del combate? Pero también esta estratagema le fue negada, y no por el otro, quien confiaba ya en su triunfo, aun antes de alistarse, sino por él mismo. Si hubiera podido disponer de su vida como de un arma. Si hubiera sabido que su existencia era el cuartel en disputa, porque había que pegar duro con los cuerpos. Y esto tampoco lo sabía.

El acto poético puro

Hay cosas que podrían decirse mejor si uno tuviera a la
[mano
un cuchillo. Este instrumento sabe comunicar filo a
las palabras. Pero si uno tiene para golpear la mesa algo
más pesado que el puño, sin duda la palabra que sale de
ese golpe, como si fuera empollada por éste, es más
efectiva. Es así como he gritado las palabras más atroces.
Pensaba que no podía decir las sin acompañar el gesto
con algo que tuviera bastante consistencia, como la rosa
o la viga de hierro. ¿Satisfacía con eso una sed
de venganza? No. Buscaba un efecto más verídico.
Lo que me preocupaba todavía era el sentimiento.
Mi determinación era la de un poeta. Acepté en principio
esta forma de actuar como un método. Después pasé de
la poesía a los hechos. Encontraba en la realidad bastante
perversión como para no ir yo mismo armado con una
pistola. Hasta que comencé a disparar sobre la
[multitud...

El reino de los otros

Es cierto, ya la prisión estaba en él antes de advertir que podía ser condenado a ella. No necesitaba más que de la certeza de sus manos abiertas como una reja delante de su rostro para darse cuenta de que ya estaba detrás de ésta. La prisión era, en su caso, una forma de conservar su integridad física, de sentirse seguro y directamente aludido por sí mismo, como una celda cerrada e indivisible alrededor de su cuerpo, más allá del cual comenzaba la libertad que le estaba vedada: el reino de los otros.

Cuerpos facsímiles

Somos a causa de la semejanza que a cada instante mantenemos con nosotros mismos. Por esta razón, más que singulares, somos sencillamente obvios. Existir es la prueba más palpable de que nos repetimos.

La emoción estética

Cuando el peligro de un derrumbe deja de manifestarse como una amenaza que pone en peligro la vida de todos nosotros y se convierte en catástrofe pública, entonces aparece alguien como venido del cielo dispuesto a declarar la parte afectada:

ZONA DE DESASTRE

El rótulo, bien diseñado e impreso en una valla de gran tamaño y claramente visible al borde de la vía, sobre un barranco a duras penas contenido por el muro de gaviones, tiene gracia y hasta despierta la emoción estética: —¿Ah, y no les parece a ustedes que es bastante artístico? —pregunta a sus acompañantes, una y otra vez, este esclarecido Ministro.

El desconocido⁴

Nunca tuvo bastante amor propio para pensar que su fuerte pudiera llegar a ser la escritura. Por el contrario, fue la duda lo que alimentó en todo momento las expectativas que, respecto a su posibilidad de triunfo, se hacía. Y así fue siempre. A tal punto que se aplicó a su tarea con demasiado realismo, sin ninguna esperanza, y alcanzó a ser lo que esperaba de sí: un desconocido.

4 N. del E.: Este poema está incluido en *Principios de urbanidad* (Monte Ávila Editores, Caracas, 1997) bajo el título «L'inconnu» y consta de dos estrofas.

La realidad

Estaba tan próximo a la realidad del hecho que no podía percibir más que la página donde lo había descrito. La realidad para el escritor es siempre lo que él cree que sabe de ella. Respecto de la realidad, la experiencia es algo que el escritor sólo se imagina. Y, lo que es aún peor, que no puede comunicar.

Corolario

La recreación de la experiencia vivida en el momento de describirla es una experiencia nueva. Y consiste no en cómo recordarla, sino en cómo volver a experimentarla.

El panel

Nuestro invitado está bastante ocupado en oírse a sí mismo para prestar atención a lo que los otros contertulios del panel hablan. De manera que cuando le toca el uso de la palabra, lo hace manteniendo la boca cerrada para que no se vea lo que habla y se llegue a descubrir que no ha dicho nada.

—Por favor, le pedimos que hable de la boca para afuera —grita indignado uno del público, dirigiéndose al panel.

—¿Cómo diablos? ¿Acaso puede hablar en mí otro que no sea yo mismo? —se le oye decir por primera vez a nuestro invitado, visiblemente herido en su amor propio.

Poste

Este hombre que permanece a duras penas aferrado con sus manos al poste frente al cual su cuerpo dibuja en el aire un signo de interrogación, ¿acaso dispone de algo más a qué asirse si fallara él, si fallara el poste, si fallara el débil pulso del mundo, si fallara el piso bajo sus pies?

Este hombre para quien no hay más pronto ni más nunca, ni más abajo ni más arriba, este hombre para quien la posición horizontal es la más neutra y la última, y en cuyo cuerpo a manera de fosa siempre hay tendida una cama negra lista para hacerse, este hombre, en fin, sabe que todo podría fallarle, todo, incluso la muerte. Pues ni siquiera para ésta él representaría un buen bocado.

El arte somos todos

Hubo una época en que nos propusimos hacer obras de arte con la gente. Queríamos que todo individuo materializara su presencia en el mundo como una forma de arte que consistiera en él mismo. Para esto dispusimos que cada quien llevara puesto un marco a fin de transmitirle con él nuestra fe en el arte, demostrándole la conveniencia, y hasta la necesidad, de transformarle, por efecto de su enmarcamiento, no en un receptor sino en un sujeto artístico. Esta concepción bajo la cual se consideraba a los individuos como portadores de una forma artística que consistía en ellos mismos, la extendíamos también a los objetos, a los animales, a los árboles y, ¿por qué no?, a la arquitectura. Incluso nos imaginábamos a la ciudad portando por todos lados un marco a la medida de sus cuatro horizontes. No pensábamos cosa alguna sin su respectivo marco. Los párpados bien abiertos anticipaban los formatos rectangulares con que nos esmerábamos en ver materialmente todo lo que nos rodeaba.

—El arte son ustedes —le gritábamos a la multitud desde las tarimas que habíamos levantado en las plazas. Después de todo el contexto también cuenta. ¿Acaso no es más real que lo imaginado? Tanto es así que concebíamos la ciudad como un gran marco en cuyo

interior, como bajo una carpa, cabía justamente nuestra convicción de que ustedes y nosotros, todos, absolutamente todos, todos éramos el arte.

ÍNDICE

<i>Juan Calzadilla: un prontuario a la realidad</i>	VII
JUAN MANUEL ROCA	
Nota del editor	IX
I LÍRICA MÍNIMA	1
¿Por qué tengo yo que ir más aprisa?	5
Levedad de la memoria	7
Ítaca	8
Diario por una estatua	9
Donde trato de explicarme	11
Los avisos del cielo no siempre se entienden de antemano	12
El poeta cachorro	14
Incluso frente a mi vida yo pasaba de largo	15
El habitante precavido	16
El doble	17
Malas noticias	19
Accidente con auto	20
Alborada del naufrago	21
Software	22
El hombre tiene que lucirse	23
Las comunicaciones inexactas	24
El habla de los perros	25
Este monstruo la ciudad	26
La cólera de los invisibles	27
La inspiración guardada en frascos de palabras	28
Fui árbol y centella el mismo día	29

Los cazadores orantes	30
Máscaras	31
Luce como la eternidad	32
La fuga del arcoíris	33
La muerte de Reverón	34
El boquear es uno con el salto del pez	36
Cuando recuerdo mis éxitos	37
La bolsa o la vida	38
El desenlace	39
El primer aviso	40
Autorretrato	41
Antenor, un personaje del cuadro	42
Escrito en el álbum de Emily	44
Blaise Cendrars	45
Robinson pintaba las ideas con palabras	46
El último amor de José Leonardo	47
La llave de Paul Klee	48
El rapto de la doncella	49
Playa desierta	50
Pífano salvaje	51
Leyendo a los otros	52
Los horizontes son nuestros brazos	53
Postes	54
Sujeto hiperquinético	55
Comienzo de partida	56
Del olvido	57
En el zoo	58
Ciclo	60
La rebelión de las pantuflas	61
Celebración caníbal	62
La provincia del hombre	63
Como Ulises	64
Boquear con propiedad	65
Si no viene a nosotros	66
Paisaje con ruinas	67

Camino de hormigas	68
Poema de año nuevo	69
El fin también pasará	71
II EL BRILLO Y LA PALABRA	73
<i>Hay que oír...</i>	75
El brillo y la palabra	76
Injusto con sus emociones	77
Cantar a los pájaros	78
El festín	79
Lleno y vacío	80
Diálogo de una sola punta	81
Aventuras de lo real	82
La ubre pública	83
Pequeño alfabeto	84
La inspiración	85
Nombro, no descubro	86
Manual de retórica	87
El poema	88
Los pájaros	89
Las palabras	90
Árbol en la llanura	91
Estos alegres bucares...	92
¿Cuántas palabras habré yo dejado de decir?	93
Vertedero público	94
El paisaje y él	95
La realidad	96
El poema	97
Dos haikús	98
La página	99
Sobre un petroglifo	100
Naturaleza muerta con fondo marino	101
El guardabosques	102
No lo digas todo de un golpe	103
El poeta es un pequeño dios	104

La cascada	105
Naturaleza muerta	106
El médano	107
La forma	108
Del otro reino	109
El parto de las palabras	110
Contentos de tener torres de asfalto	111
Poesía por asalto	112
Solicitud	113
Vuelta y vuelta	114
Críticas al automatismo	115
Un día te encontraré en la escritura	116
Quiero que la poesía reine	117
Si quieres ver	118
III AFOREMAS Y OTRAS BARBARIDADES	119
<i>Hay quienes creen...</i>	121
Prólogo de los basureros	123
Después del deslave	126
Escenas virtuales	127
Si se anunciara desde una sala de juego	128
Plusvalía	130
Arte y realidad	131
Patria mía del humo	132
Derecho de réplica	133
Paradoja del insomne	134
Semblantes desaparecidos	135
Buenas maneras	136
Paisaje cebado en los trópicos	137
La máscara y mi doble	138
Es como una fiesta en celuloide	140
Diálogos	142
Pavimento con nuevo comensal	143
Coctel	144
Historia del poema	145
Antigua realeza	147

Hazaña	148
Accidente cósmico	149
Retrato de un artista moderno	150
Foto de la boda	151
Cruce de avenidas	152
Rumsfeld	153
Dalí	154
Del tiempo como metáfora	155
El uso de la equivocación es una manera de santificarla	156
Dogma	157
Colmado por mí mismo	158
Las palabras no conocen el estado sólido	159
Soy invisible	160
Tocas madera	161
El último de la partida	162
Dolores de cabeza	163
El tiempo patas arriba	164
El gusto de lo fragmentario	165
El que prueba suerte consigo	166
Eróticos sí, subversivos no	167
Lalo	168
Pequeño sismo	169
La duda	171
Una larga fila de automóviles	172
Bajo cicatrices y disfraces	173
Si yo ladrara	174
El viaje	75
La muerte del poeta	177
El caos íntimamente necesario	178
Puñal	179
Epitafio	180

IV MANUAL PARA INCONFORMISTAS	181
<i>Epigrama</i>	183
1. ECOLOGÍA DE BOLSILLO	
Hacíamos la revolución	185
El oro del país	186
La crisis	187
Andamio sin alas	188
Despegue	189
Su arrechera el sujeto la paga con las cosas	190
Mecánica de cuerpos	191
Días Irae	192
Mis(ilís)tica	193
Listo para enloquecer	194
Cuando estás cazando caribús debes pensar como caribú	195
La condecoración	196
El espacio caníbal	197
Una asamblea en el cuarto	198
Donde me defino	199
Mi país metido en un bolsillo	200
Para que no acabe con la fiesta	201
Ya lo sabíamos	202
Doble juego	203
El orador	204
Borrarme	205
El origen	206
Sheraton 16.12.1999 p.m.	207
El alud	208
El ojo del delito nos ilumina	209
La ilusión	210
Las soluciones	211
Bala perdida	212
Gracias te doy	213
El arriero impoluto	214
Lastre	215

La quimera	216
Consejos de familia	217
Final con revólver	218
2. RAZONES DE ECONOMÍA POÉTICA	
Para todos los que no lo entiendan este poema es soez	219
¿Para qué la poesía?	220
Declaración en la Fiscalía	221
Argumento para abandonar la poesía	222
Luto por el texto	224
Fin de partida	225
Mala leche	226
Escrito sobre la piel	227
Roces de familia	228
Cohete a contrapelo	229
El cadáver	230
Defensa de la poesía	231
Lector de poesía	232
Que el detonante sea la palabra	233
Sobre los tipos de poesía	234
La economía de mercado como solución para la poesía en esta época de crisis	235
¿Dónde está la poesía?	236
Manifiesto	237
Mi obra puesta en el banquillo de los acusados	238
De lo nuevo en poesía	239
Todos los que han muerto	240
3. SONDEOS DE ALTITUD	
La visitación según Fra Angelico	241
Sondeos de altitud	242
La página	243
Refranes	244
Díganme cómo	245
Serrallo	246

¿Qué hacer con la realidad?	247
Terraza del Hilton	248
Motel	249
Preguntas tipo C	250
Ornitología al alcance del uso	251
Economía del heroísmo	252
Poema	253
Las damiselas de Avignon	254
Mantis	255
Autorretrato visto por el ojo de la cerradura	256
V PROTOFIXIONES	257
<i>Él sabía que todas...</i>	259
El monumento	261
Marioneta	262
El forastero	263
La lógica del vencedor	264
Asalto final	265
El sueño de la escritura	266
El moribundo	267
Todo volverá a su sitio	268
La derrota	270
El acto poético puro	271
El reino de los otros	272
Cuerpos facsímiles	273
La emoción estética	274
El desconocido	275
La realidad	276
El panel	277
Poste	278
El arte somos todos	279

Este libro se terminó de imprimir
en mayo de 2014,
en los talleres de la FUNDACIÓN
IMPRESA DE LA CULTURA,
Caracas, Venezuela.
Son 2.000 ejemplares.

Poesía por mandato recoge una selección de poemas ya publicados y otros inéditos de Juan Calzadilla, uno de los autores fundadores del mítico movimiento artístico El Techo de la Ballena. En este volumen, las palabras del reconocido poeta venezolano resplandecen con un lenguaje vanguardista que entremezcla lo real y lo imaginativo, la reflexión y la ironía. La memoria, la existencia, la rebeldía se conjugan en un intenso viaje vital como afirmación de disconformidad y confrontación con el misterio de la aventura humana.

Juan Calzadilla (Altagracia de Orituco, 1931). Poeta, dibujante y destacado crítico de arte, fue distinguido con el Premio Nacional de Artes Plásticas en 1996. En 1974 fue nombrado director del Museo Emilio Boggio del Concejo Municipal del Distrito Federal. En 1976, al crearse la Galería de Arte Nacional, se desempeñó como subdirector y asistente de la dirección, hasta 1979. Posteriormente fue director de esta institución entre 2011 y 2014. De 1984 a 1991 fue coordinador y luego director de la revista *Imagen*. Ha sido jurado en varios concursos de plástica nacional e internacional. En 1965 fue comisario de la representación venezolana en la Bienal de Sao Paulo. Es autor de una extensa bibliografía sobre temas literarios y artes plásticas. Entre otros, Monte Ávila ha publicado: *Ciudadano sin fin* (1970), *Bicéfalo* (1978), *El ojo que pasa* (1979), *Minimales* (1993), *Principios de urbanidad* (1997) y *Reverón, voces y demonios* (2012).

ISBN: 978-980-01-1989-1



9 789800 119891

Monte Ávila



Editores Latinoamericana CA